

Selección



LOU CARRIGAN

LA FURIA DE LOS INSTINTOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



SELECCION TERROR

LOU CARRIGAN
LA FURIA DE LOS INSTINTOS

Colección SELECCION TERROR n.º 407
Publicación semanal

CAPITULO PRIMERO

Soplaba un viento gélido cuando el helicóptero se posó en el lugar que le había sido asignado en el aeródromo de Juneau, la capital de Alaska. El piloto no estaba de muy buen humor cuando se volvió, hacia el profesor. Ira Vanderlyn, que viajaba a su lado, muy bien abrigado.

—Espero, al menos, que su novia sea bonita, profesor.

Ira le dirigió una apacible mirada.

—Yo la recuerdo bonita —dijo.

El piloto movió la cabeza y acabó por mostrar una huraña sonrisa

—Lo que me pregunto es si ella le recordará a usted. Llevamos varios meses en ese maldito islote, y hasta ahora no se había acordado de ella. Ni siquiera nos había dicho que tenía novia.

—Pues la tengo —dijo Vanderlyn—. ¿Por qué no había de tenerla? Y además, sí, es bonita. ¡Le sobra belleza!

—Y paciencia, sin duda —dijo el piloto—. Pero cualquiera entiende a las mujeres... y a los científicos. Si yo tuviera una novia tan bonita como usted dice que es la suya, a buena hora me habría pasado esos meses sin ella en un islote que parece una tumba. ¿No la ha echado de menos?

—Regular — dijo Ira Vanderlyn.

—¡Regular! ¡Los demás estamos medio locos por no tener una chica para recordamos al menos cómo ríen las mujeres, y usted dice que regular...! En fin, eso es cosa suya. ¿Le acompaño o los espero a los dos aquí mismo?

—Estoy seguro de que ella ha llegado *y* que nos está esperando, de modo que no hace falta que se moleste. Estaré de vuelta con Angeline dentro de unos minutos

—De acuerdo.

El profesor Vanderlyn saltó a tierra y el piloto se apresuró a colocar la portezuela corredera de nuevo en su sitio. ¡Maldito lugar! Apenas eran las dos de la tarde y ya parecía que fuese el fin del mundo. ¡Y menos nial que aquel viento helado se llevaba las malditas nubes que siempre estaban presagiando nieve! Alaska en verano es soportable, pero en otoño, cerca ya del invierno, era para focas y especies parecidas. ¿Cómo demonios se le podía ocurrir a alguien vivir en Alaska? Y todavía allí, en aquella latitud, se podía aceptar, pero en cuanto uno iba más hacia el norte, por Anchorage y alrededores... ¡Brrrr! De escalofrío, vamos.

Mientras tanto, bajo el gélido viento, abrigado con el grueso anorak de piel, el profesor Vanderlyn caminaba hacia el edificio del aeropuerto. Dedicado a la Ciencia. Ira Vanderlyn había perdido parte de su prestancia atlética, que había quedado sepultada bajo el peso de una gran sabiduría. A los treinta y cuatro años recién cumplidos, Vanderlyn era toda una promesa científica... Es decir, había quien creía que era una promesa, pero él sabía que ya era una realidad.

Había conocido a Angeline en la Universidad de Los Angeles, cuando un año y pico atrás, estuvo allí para dar una serie de conferencias... Angeline Roberts. ¿Bonita? ¡Qué cáscaras de bonita! ¡Era una preciosidad! Nada más verla allí sentada, escuchándole, el todavía joven corazón de Vanderlyn comenzó a latir con una potencia que ya había comenzado a olvidar. Durante la conferencia dijo algunas tonterías, desde luego. ¿Quién podía permanecer concentrado en teorías mientras le contemplaban aquel par de hermosísimos ojos azules...?

Se decepcionó un poco cuando, más tarde, al conseguir que la muchacha le fuese presentada, ella dijo, riendo, que no entendía nada de cuestiones científicas, que había ido allí acompañando a una amiga que sí estaba loca por la Biogenética, o algo así, pero lo que le gustaba a ella era la Historia. ¡La Historia! ¿Cómo podía compararse la Historia, es decir, cosas ya muertas, con la Ciencia, que era la vida del presente y del futuro?

Vio a Angeline en cuanto entró en el aeropuerto. Estaba sentada en una de las butacas, fumando un cigarrillo. Junto a ella había una maleta y un maletín de viaje. Menos mal: había temido que llegase cargada de maletas... Estaba guapísima. ¡Guapísima! Calzaba botas hasta por debajo de las rodillas, llevaba un vestido azul de punto, y encima, un blanco abrigo de pieles. Ah. si: calidad y elegancia, así era Angeline Roberts. También era rubia, escultural, inteligente... De otro

modo, tras la primera conversación con ella, no habría vuelto a llamarla durante su estancia en Los Angeles. Ni la habría ido a ver varias veces más. La habría olvidado. Si había algo en el mundo que Ira Vanderlyn no pudiese soportar era una persona grosera e ignorante. O simplemente tonta, de modo que Angeline lo reunía todo: rubia, preciosa, cuerpo escultural, inteligente, simpática... ¡Caramba, si era un hallazgo en la vida!

Y encima, había asegurado amarle. A veces, a Ira le parecía que esto era imposible, considerando que en California había miles de hermosos hombretones dispuestos a gozar de la vida, y que podían haberle ofrecido a Angeline mucho más que él. Pero, ¡ah!, precisamente ahí era donde Angeline había demostrado su inteligencia, al preferir un hombre como él a un montón de músculos siempre dispuestos a bailar y a hacer estúpidas proezas. Claro que él, y no hacía demasiado de eso, también había sido un tipazo musculoso que...

Se dio cuenta de que Angeline le estaba mirando con curiosidad y le sonrió. Ella alzó las cejas, con un gesto interrogante. Ira se acercó más, se plantó ante ella. Fue entonces cuando la recién llegada de Alaska vio, por entre la maraña de barbas y el borde del anorak, los oscuros ojos de Vanderlyn, y entonces se puso en pie de un salto.

—¡Ira! —exclamó—. ¡Dios mío!

—Hola —amplió su sonrisa Vanderlyn—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Por el amor de Dios... ¿De dónde sales? ¿Realmente eres tú? Me has asustado.

De pronto. Ira Vanderlyn recordó su aspecto actual, tan diferente desde que había visto a Angeline por última vez, hacía de eso... siete meses. ¡Siete meses! ¿Estaba loco? En siete meses se había dejado crecer el cabello y la barba y, ciertamente, su aspecto no era ni juvenil ni atractivo.

—Soy yo —farfulló—. Y siento haberte asustado, perdona.

Ella le miraba de arriba abajo, muy abiertos los ojos. [Aquellos bellísimos ojos azules! De pronto. Angeline soltó una carcajada, se acercó a él, y lo abrazó. Lo besó en la boca por entre la tupida y revuelta barba. Ira Vanderlyn sintió un maravilloso calor en todo el cuerpo. Abrazó a Angeline, y correspondió al beso. Cuando se separaron, ella le miró, rientes los ojos.

—Pues, si, eres tú —admitió—. Lo recuerdo por el modo de besar. ¡Cielo santo, pareces un.., anacoreta, o algo así!

—Algo así —sonrió Vanderlyn—. Lo cierto es que hace más de cinco meses que estoy viviendo en una isla desierta.

—¿Y qué haces allí?

—Trabajo. Investigo. Y he descubierto una droga que puede revolucionar el mundo.

—¿Qué? —musitó Angeline.
—Nos está esperando un helicóptero, para llevarnos a la isla, y me gustaría emprender el regreso antes de que se hiciera de noche. Tengo muchas cosas que explicarte. Angeline, pero.... ¿te importaría que lo hiciese más tarde, en el laboratorio?
—Como tú quieras.
—Gracias. ¿Éste es todo tu equipaje?
—Sí.
Minutos más tarde, el helicóptero emprendía el regreso, con un turulato piloto a sus mandos. ¿Cómo demonios se las había apañado aquel esperpento de Vanderlyn para agenciar se una novia semejante? ¡Pero si estaba como un tren...! Y, además, era simpática. ¡No entendería nunca a las mujeres, nunca!
Durante el viaje, de algo más de cincuenta millas, Vanderlyn fue informando a Angeline respecto a la ruta y al lugar al que se dirigían. A la izquierda estaba la pequeña localidad isleña de Douglas; más adelante, apareció el extremo norte de Admiralty Island. A la derecha, la desemboca dura de Lynn Canal. Debajo, un mar gris y hostil, frío, casi tenebroso...
—En realidad, como ya sabes, toda esta parte de Alaska está llena de islas, el archipiélago Alexander. Pues bien, en una de ellas, diminuta y deshabitada, estamos nosotros instalados, frente a la localidad de Gustavus, situada al extremo Sur del Monumento Nacional llamado Glaciar Bay. En las noches claras, vemos las luces de Gustavus. Por lo demás, es como si estuviéramos solos en el mundo: una pequeña porción de tierra y aguas heladas alrededor.
—¿Y hay un laboratorio en un sitio así?
—Sí. Es un lugar... poco acogedor, pero ideal para trabajar sin molestias ni interferencias de ninguna clase.
—También se podría trabajar en una isla del Caribe, ¿no? ¡Y el clima sería mucho más agradable!
—¡Estoy de acuerdo con usted, señorita Roberts! —exclamó el piloto.
—¿Usted también es científico? —preguntó la muchacha.
—¿Yo? ¡Qué va! Soy sólo uno de los perros guardianes.
—¿Un qué?
—Bueno, verás —explicó Vanderlyn—. en la isla estamos trabajando yo y tres ayudantes. Luego, precisamente para evitamos toda clase de molestias, tales como ser molestados por curiosos, o tener que cocinar, o cuidar de los generadores de energía, y cosas así, tenemos seis colaboradores... auxiliares. Cocinan, vigilan, hacen reparaciones... Todo eso. Nosotros sólo investigamos.
—¿Y qué es lo que investigáis?
—Cosas.

Angeline no insistió, demostrando una vez más su inteligencia. Si Ira no quería responder de momento, pues muy bien. Pero la pregunta era: ¿la había hecho venir a un islote solitario y helado para no decirle nada?

Poco después aterrizaban en el islote, junto a una construcción de ladrillo pintada de un cierto color entre blanco y gris, que podía confundirse con el paisaje. Mientras el piloto y dos hombres más que aparecieron de pronto empujaban el helicóptero hacia un cobertizo con techado de uralita pintado del mismo color incierto. Ira Vanderlyn condujo a Angeline a la construcción de ladrillos, caminando bajo aquel viento que allí parecía aún más frió.

—La mayor parte del edificio está destinado a laboratorio —explicó Vanderlyn—. Luego está la cocina-despensa, los servicios y cinco dormitorios con literas. Te dejaremos uno para ti, y los demás nos arreglaremos en los otros cuatro. Todo está preparado para poder alojar a dieciséis personas, de modo que aún sobrará sitio.

La mirada de Angeline se posó críticamente en el edificio, pero no hizo ningún comentario. Cuando entraron, suspiró, al notar el grato calor de la calefacción. Vanderlyn cerró la puerta, la miró y sonrió.

—Tienes la nariz colorada.

—No soporto el frío —dijo ella—. Ira, espero que tengas muy buenos motivos para haberme hecho venir. La última vez que nos vimos me dijiste que pronto terminarías un trabajo, y que vendrías a California...

—Es cierto. Volveremos juntos a California..., porque ya he terminado el trabajo.

—Me alegro mucho por ti. ¿Has conseguido algo interesante?

—El *Superlife.*

—¿El Supervida? —se sorprendió Angeline—. ¿Qué es eso?

—Vamos a la salita de descanso —señaló Vanderlyn—. Siempre tenemos café caliente allí. ¿Te apetece?

—Desde luego. ¡Hace un frío espantoso!

—Pero aquí se está bien... Y podremos marcharnos pronto. Mañana llegan ellos, y creo que como máximo cuatro días más tarde podremos marchamos todos.

—¿Quiénes son ellos?

—Mis mecenas —entraron en la salita—. Siéntate, te serviré el café. Puedes quitarte el abrigo: aquí se está muy bien.

Angeline asintió, se quitó el abrigo, y se sentó en un sillón. La maleta había quedado en el pequeño vestíbulo, pero ella llevaba su maletín de viaje, del cual sacó cigarrillos. Encendió uno, y se quedó mirando la espalda de Vanderlyn, que se hallaba ante una mesita donde estaba la cafetera y potes de hojalata. Había un silencio extraordinario en aquel lugar...

—¿Y tus ayudantes? —preguntó de pronto.

—Están trabajando todavía. Luego te los presentaré.

Angeline asintió y miró alrededor. No había allí nada que implicase confort o un mínimo deseo de decoración. Ni un cuadro, ni un mueble agradable, ni cortinas... Había lo justo y necesario para sentarse a descansar. Por una de las ventanas se veía un cielo diáfano que comenzaba a oscurecer.

De espaldas a Angeline, Ira Vanderlyn maniobraba con un pequeño tubo de cristal dentro del cual había una pequeña cantidad de un líquido rosado, muy fluido. Vanderlyn miró de reojo a Angeline, vio que estaba distraída, y vertió rápidamente el contenido del tubo en uno de los potes de hojalata; no menos rápidamente, tapó y se guardó el tubo, y sólo entonces sirvió café en dos potes, uno de los cuales contenía el líquido rosado. Con ese pote en la mano derecha y el otro en la izquierda. Vanderlyn se acercó, sonriente, a la muchacha.

—Aquí tienes —le tendió el pote de la mano derecha—. ¡Y bien calentito...! Ah, tenemos coñac, y whisky, si quieres...

—No, no —sonrió ella—. Es suficiente con el café.

—¡El azúcar! —exclamó Vanderlyn—. ¡Me he olvidado!

—Lo tomo sin azúcar —sonrió de nuevo ella—. Creí que lo recordarías.

Ira Vanderlyn asintió. Permaneció en pie bebiendo su café, observando atentamente cómo Angeline bebía el suyo. Muy bien, ya estaba hedió. Ella no parecía notar nada en el café... Acercó un sillón y se sentó frente a ella.

—He... elaborado —musitó, tras mirar hacia la puerta— una droga a la que he puesto el nombre de *Superlife,* y te dirás por qué... La *Superlife* activa de un modo increíble todas las facultades del ser humano, desde las más estrictamente físicas a las puramente intelectuales. Las desarrolla de un modo asombroso. Por ejemplo, un atleta olímpico recorre los cien metros lisos, normalmente, en diez, u once segundos... Pues bien, con el *Superlife* en su cuerpo, puede recorrer esa misma distancia en la mitad de tiempo. Otro ejemplo: tú necesitarías supongamos cien horas para estudiar determina do texto de Historia: con el *Superlife* podrías aprender de memoria ese texto en veinticinco horas. Más ejemplos: tu fortaleza física aumenta de tal modo que fácilmente podrías vencer a un hombre, por fuerte que éste fuese; tus recursos mentales aumentan de tal modo que, en una situación a la que normalmente no encontrarías salida, la encuentras fácilmente: puedes resolver toda clase de problemas mentales y físicos, y, al mismo tiempo, tus necesidades energéticas disminuyen hasta el punto de que si fuese necesario podrías pasar una semana entera sin comer ni beber, y durmiendo apenas un par de horas diarias...

—Dios mío —murmuró Angeline—. ¡Eso me parece... monstruoso, Ira!

—¿Monstruoso? —se pasmó el científico.

—¡Naturalmente! Me complacería que hubieses descubierto semejante producto si no fuese una droga, sino un alimento, o... o algo así, inocuo, pero tratándose de una droga...

—Sus efectos, por el momento, están calculados para que duren solamente una semana. Pero lo mejor de mi *Superlife* es que no crea hábito alguno, ni produce trastornas de ninguna clase. Sólo produce una... energía fabulosa y una lucidez mental fuera de serie. Transcurrida una semana, los efectos van disminuyendo lentamente, hasta que desaparecen. No dejan secuela alguna, no provocan ninguna reacción, no crean hábitos de ninguna clase. Simplemente, vuelves a ser una persona normal. Es decir, anormal.

—¿Qué..., qué...? ¡Explícame eso!

—Es muy fácil. En la actualidad, y por vieja que te parezca esa teoría, las personas estamos funcionando a unos ritmos físicos y mentales muy inferiores a nuestras verdaderas posibilidades. Estamos degenerando, y tú sabes bien eso. ¿O no?

—Bueno... Sí, claro, ya he oído eso... Sí.

—Es una degeneración provocada por todo cuanto de antinatural ha ido incorporándose a la vida del ser humano: malos hábitos de todas clases, mala alimentación... o digamos inadecuada alimentación, drogas, vicios de todas clases, vida sedentaria... Bueno, todos sabemos eso. Lo que estamos ignorando, y yo diría que olvidando, es que el ser humano tiene muchísimas facultades físicas y mentales que están abotargándose, insensibilizándose. Degeneramos. Pues bien, mi droga *Superlife* regenera por cortos periodos esas facultades que son *las naturales en el ser humano.* Las regenta, las recupera. Luego, cesan los efectos de la *Superlife.* el ser humano vuelve a su estado degenerativo.... pero entonces ya sabe que puede ser mejor en todos los aspectos. ¿Lo entiendes?

—Claro. ¿Estás seguro de que esa droga... funciona?

—Lo he comprobado con varios animales. Sus capacidades físicas y mentales no han aumentado demasiado, porque ellos están en un grado de degeneración menos fuerte que el nuestro, pero sus reacciones no han podido ser más claras, más contundentes. Pero, sobre todo, lo he comprobado en mí mismo...

—¡Ira!

—¡Ssst! Por favor, no alces la voz... ¡Ninguno de mis ayudantes sabe que he experimentado en mi mismo! ¡Nadie lo sabe, salvo tú ahora!

—Pero eso... ¡es muy peligroso! ¡Si algo hubiera fallado no se sabe qué consecuencias hubieras sufrido!

—Sabía que no iba a fallar. Y no falló. Funciona, te lo aseguro. Es un descubrimiento tan... grande, que temo darlo a conocer. Como todas las cosas, puede ser utilizado para el Bien o puede ser utilizado para el Mal. Así que no sé qué hacer cuando lleguen ellos.

—Ah, si, tus mecenas... ¿Quiénes son?

—Ya los conocerás. Llegarán mañana, en el yate de uno de ellos. Han estado de vacaciones por México y por toda la costa... Bueno, ellos siempre hacen negocios, en todas partes, pero parece que estén de vacaciones, llenen muchísimo dinero, y parte de él lo destinan a cosas que parecen no rentables, pero acaban por ganar más dinero. Hace unos meses me vinieron a buscar, me dijeron que tenían buenas referencias de algunos trabajos míos y que creían que un investigador como yo merecía mejores oportunidades de las que tenía. Me ofrecieron todo cuanto necesitase para trabajar *en serio.* Yo estaba ya trabajando en la *Superlife,* pero tenía dificultades económicas. Bueno, acepté su financiación, eso es todo. Y mañana ellos llegarán para... cobrar sus réditos del capital invertido en mí...

—¿Y tú temes que ellos hagan mal uso de la *Superlife?*

—No lo sé. Parecen personas honestas, dignas de confianza,

pero..., no sé, estoy intranquilo.

—¿Saben ellos que ya tienes a punto la droga?

—Cometí la imprudencia de informarles de ello antes de pensar en las consecuencias.

—Bien... Bueno, no sé qué decirte... ¿Qué puedo hacer yo en este asunto?

Ira Vanderlyn aspiró profundamente.

—La *Superlife* puede administrarse por vía oral o por vía intravenosa. Por vía oral los efectos no aparecen hasta transcurridas entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas de la ingestión. Por vía intravenosa, los efectos aparecen entre las seis y las doce horas de la inyección directa a la sangre. En ambos casos, en cuanto los efectos aparecen, el sujeto experimental va notando... una nueva lucidez, un nuevo concepto de las cosas. Su inteligencia es más aguda, su fuerza física aumenta, sus sentidos se afinan, adquiere una nueva vitalidad general. Toda una serie de percepciones nuevas aparecen; se ve de modo diferente a las personas; sabes valorarlas mejor, oyes sonidos que normalmente no oirías, percibes olores lejanos, tu vista se agudiza increíblemente.

—Por el amor de Dios... —intentó sonreír Angeline—. ¡Parece que estás hablando de..., de un *Supermán!*

—Bueno, no tanto —rió Ira, un poco tenso—. Desde luego, no se puede volar, y si te disparan, pues... te matan. Tampoco puedes levantar trenes, ni cosas así... ¡Oh, vamos, Angeline. yo estoy hablando en serio! Lo único que estoy diciendo es que el ser humano inyectado con *Superlife* se regenera, ¡eso es todo!

—Está bien... Está bien, te creo. Pero insisto: ¿qué es lo que esperas de mi? ¿Por qué me has hecho ven...? ¡Ira! ¡No pensarás inyectarme *a mi!*

—Acabas de tomar una dosis de *Superlife* con el café.

Angeline se puso en pie de un salto, lívida.

—¡No! —gritó—. ¡No!

—Cálmate, por favor —él también se puso en pie y la abrazó—. Angeline, te amo. ¿Crees que habría hecho eso de no estar seguro de que todo irá bien?

—Me..., me has usado como conejillo de Indias, me..., me has drogado...

—¡No podía confiar en nadie más!

—¿Confiar?

—Angeline, mientras estuve bajo los efectos de la *Superlife* percibí nuevas cosas. No me gusta la gente que hay conmigo en el islote. ¡Y tampoco me gustan ahora esos generosos mecenas! ¡No sé qué hacer y quiero que tú me ayudes, no puedo confiar en nadie más! ¡Y no confiaría en ti si no te amase, y no te habría drogado si...!

—Por favor, no grites. Lo que tú quieres es que yo intente averiguar qué clase de gentes son tus mecenas, ¿no es eso?

—Si... ¡Exactamente!

—Pero eso podrías averiguarlo tú mismo inyectándote la droga. Si la capacidad de percepción y comprensión aumentan, tú mismo podrías encargarte de eso...

—No. No podré. Tendré que estar atendiendo al experimento que ellos quieran que haga, así que estaré ocupado, no podré... relacionarme con ellos. Podré ocuparme directamente de todas las facetas del experimento, pero no estaré departiendo con ellos asiduamente, no podré ocuparme de conversar, tomar unas copas, cosas así...

—Y eso es lo que tendré que hacer yo.

—Te lo ruego. Los verás como son, los analizarás fácilmente. Yo podré estar trabajando tranquilo. Si cuando termine el experimento tú me dices que no confíe en ellos, no les entregaré la patente de la droga... ¡La esconderé o la destruiré! ¡No puedo confiar en nadie más que en ti!

Angeline Roberts se dejó caer de nuevo en el sillón, y se pasó una mano por la frente.

—¿Qué les dirás de mí? —murmuró—. ¿Me conocen, les has hablado antes de mí?

—No, nunca. Formas parte de mi vida privada, a nadie le interesa nada de lo nuestro.

—Se extrañarán de que me hayas hecho venir.

—Les diré que tengo que pasar muchas notas a máquina y que pensé en ti, que me ayudarás a hacerlo, y al mismo tiempo, puesto que hacía meses que no nos veíamos, podríamos estar juntos ahora que *parece* que he terminado mi trabajo.

—Según parece, lo tienes todo muy bien pensado.

—Si.

Angeline se quedó mirando fijamente a ira Vanderlyn durante unos segundos. Luego esbozó una sonrisa un tanto crispada.

—Me pregunto —murmuró— quién me mandaría a mi enamorarme de un científico.

CAPITULO II

El yate llegó a la mañana siguiente, un poco antes del mediodía.

Desde la rocosa costa. Ira y Angeline le estuvieron viendo llegar, y permanecieron contemplando la maniobra de lanzar anclas. Era un yate grande, blanco, espléndido, de no menos de veinte metros de eslora. Quedó finalmente anclado a pocos metros de aquella parte de la costa que podía considerarse un desembarcadero natural.

Mientras observaba la maniobra, Angeline Roberts pensaba en los tres ayudantes de Ira Vanderlyn: Mike Parker, Raymond Merrill y Nelson Sinclair. Este era el más joven de todos, a sus cuarenta años aproximadamente; alto, apuesto, simpático, de viva inteligencia. Raymond Merrill era el mayor de todos, debería tener cerca de sesenta años y parecía tener un carácter poco sociable, incluso huraño: poco atractivo, miope, desaliñado, revuelta su cabellera gris, quizá consideraba injusta la vida que le había colocado a las órdenes de un hombre mucho más joven que él..., sobre el cual, sin embargo, parecía haber aceptado la superioridad de su talento. Mike Palmer, que debería tener entre cuarenta y ocho y cincuenta años, era un hombre calvo y grueso, reposado, flemático, muy cuidadoso de su persona incluso en aquellas circunstancias de aislamiento; resultaba agradable y educado, y su mirada clara y reposada le hizo pensar a Angeline que era el más analítico de los tres.

En conjunto parecía un equipo que podía funcionar a la perfección. Es decir, había funcionado perfectamente, puesto que se había conseguido la *Superlife,* pero Angeline había captado de un modo sutil el descontento de los tres hombres. Y pronto supo por qué, por parte de la conversación sostenida durante la cena de la noche anterior Ira Vanderlyn se las había arreglado para que cada uno de sus ayudantes conociera sólo una parte de la *Superlife.* pero él era el único que la conocía en su totalidad, el único que podía elaborarla en el laboratorio. A Angeline te pareció lógico que los tres ayudantes estuvieran resentidos, pues la actitud de Vanderlyn implicaba desconfianza, o, cuando menos, egoísmo. O ambas cosas, ciertamente...

—¡Eh, profesor! —llegó la alegre voz masculina—, ¿Cómo va la vida en su habitat de focas?

—Ese es Stuart Newford —murmuró Ira—, el dueño del yate. ¡Hola, señor Newford! —alzó la voz—. ¡Todo perfecto!

—¡Me alegro! ¡Ahí va el bote para traerlo a bordo!

Angeline miraba interesada al propietario del yate, cuyo nombre era «Hurricane Eye» (1). A primera vista, Stuart Newford parecía el clásico millonario que siempre ha vivido magníficamente: bronceado

por el sol, elegante, contento de la vida y satisfechísimo de sí mismo; cuarenta años de vida que había valido la pena vivirla. Junto a él aparecieron otras personas.... sobre todo mujeres. Muchas mujeres. Angeline miró de reojo a Vanderlyn.

(1) Ojo de huracán.

—Parece que sea el jeque de un harén... ¿Qué significan tantas mujeres?

—No tengo ni idea.

—Espero que no haya tenido la idea de pretender... obsequiar a todos los del islote después de tanto tiempo de abstinencia...

—¡Pues no estaría mal! —rió Vanderlyn—. Desde luego, eso sería muy del agrado de mis auxiliares; siempre están refunfuñando...

—Eso tiene fácil solución: que se vayan del islote. En tierra firme deben de haber montones de chicas complacientes.

—Supongo que si. Pero el sueldo que están cobrando les compensa de estas privaciones.

Angeline asintió, sonriendo levemente. Miraba con curiosidad la maniobra de arriar el bote, efectuada por dos de las mujeres. Luego, ambas descendieron al bote y empuñaron cada una un pequeño remo de ancha pala. La distancia, de ocho o diez metros apenas, fue recorrida con rapidez y habilidad por las muchachas, que llevaban gruesos chaquetones blancos. Sólo cuando estuvieron ante ellos, invitándoles a subir al bote, reparó Angeline en que bajo los chaquetones ambas vestían igual: pantalón y blusón azul marino. Chocante. Parecía uniforme de marino. ¿Aquélla era la tripulación del «Ojo de Huracán»?

—Por favor, profesor —invitó una de las chicas—, ¿quiere venir a bordo?

—Si, gracias. Vamos, querida.

Angeline le miró divertida. Subieron al bote y poco después ascendían por la escalerilla colocada al costado del yate. Stuart Newford recibió cordialmente a Vanderlyn dándole palmadas en un hombro, mientras le estrechaba la mano.

—¡Caramba, está usted hecho todo un oso, mi joven amigo! Casi no le reconocía.

—Tenia cosas mejores que hacer que afeitarme diariamente... —sonrió Vanderlyn—, Señor Newford, le presento a mi prometida, la señorita Angeline Roberts.

Newford, que por supuesto miraba ya con interés a Angeline, alzó las cejas, con simpático gesto de asombro.

—¿Esta angelical criatura es su prometida? Bueno, le alabo el gusto a usted, pero no a ella —lanzó una carcajada, tendiendo la mano—. ¡Es una broma, claro está! ¿Qué tal, señorita Roberts?

—Muy bien, gracias —sonrió Angeline—. Encantada, señor

Newford.

—¡Más encantado estoy yo! —rió de nuevo Newford—. Bueno, éstos son Philip Warner y Grant Forrester, buenos amigos personales y. socios en divertidos negocios. Nuestras esposas están abajo. Vengan a saludarlas.

Angeline estrechó la mano a Warner y Forrester, que parecían copias de Stuart Newford. Tenían aproximadamente la misma edad, buen aspecto deportivo, mirada inteligente... Personas de calidad, no cabía duda.

Mientras caminaban hacia el acceso al interior del yate. Angeline vio todavía oirá bella muchacha con el mismo uniforme que las del bote, ocupada en la cabina de mandos. Es decir, que los tres millonarios viajaban con sus esposas... y tres bellas muchachas encargadas de tripular el yate...

No. Tres, no. Había más. Abajo esperaban seis mujeres, no tres. Angeline supo inmediatamente cuáles eran las esposas de los alegres deportistas: las de más edad, por supuesto. De las seis mujeres, tres debían tener incluso menos de veinticinco años. Las otras tres rondaban los cuarenta, y todo en ellas las señalaba como esposas. Ira Vanderlyn confirmó las lógicas suposiciones de Angeline al saludar a las tres mujeres de más edad, todas muy hermosas, y luego presentó a Angeline.

—La señora Newford, la señora Forrester, la señora Warner. Ella es Angeline Roberts, mi prometida.

—Ah —sonrió la señora Newford—, tiene usted buen gusto, profesor.

—¡Eso mismo he dicho yo! — rió Stuart Newford—. Celia, por favor, ¿quieres pedirle a la camarera que nos sirva un aperitivo?

Una de las preciosas jóvenes se puso en pie, sonriendo.

—En seguida, señor Newford.

Este la miró mientras salía del salón. Miró luego a Angeline, y sonrió socarronamente.

—Celia es mi secretaria particular, señorita Roberts. Le presento a Elinor, la secretaria de Philip, y a Citoria, secretaria de Grant... Como siempre estamos haciendo un negocio u otro estemos donde estemos, nos resulta imprescindible su compañía.

—Lo comprendo —sonrió Angeline—. Hola, ¿qué tal?

—Hola —sonrieron Gloria y Elinor.

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclamó Newford alegremente, frotándose las manos—, ¿Todo está bien, profesor? ¿Ninguna baja, ningún problema?

—Todo perfecto, señor Newford —asintió Ira.

—Espléndido, espléndido... Bueno, sentémonos. Naturalmente. almorzarán a bordo con nosotros. Nuestra tripulación es... polifacética

en verdad. Saben hacer de todo: desde cocinar a tripular un barco como éste. ¡Y cocinan magníficamente!

—¡Tiene usted una tripulación... curiosa, señor Newford! —dijo Angeline, sonriendo.

—Le choca a usted que no haya hombres a bordo, ¿no es así? Excepto nosotros tres, claro —rió una vez más—. Pero eso tiene una fácil explicación: aunque generalmente se mostraban siempre muy discretos con nuestras esposas, siempre surgían complicaciones con nuestras lindas secretarias.... de modo que cortamos por lo sano.

—Es una medida inteligente —aprobó Angeline.

—Y decorativa —rió Grant Forrester—, ¡Como usted comprenderá, es más agradable contemplar a Katy, Diana y Debbie que tipos duros curtidos por el mar! Ah, claro, Diana, Debbie y Katy son las chicas tripulantes... Ya las irán conociendo, se llega el caso.

—Profesor Vanderlyn —fue directo al grano Philip Warner— ¿entendimos bien su mensaje? ¿Entendimos bien que ha conseguido algo tan... especial como el *Superlife?*

—Si, entendieron bien. Hasta el momento, todos los experimentos realizados con animales han dado un resultado positivo, todas las veces, sin fallo alguno.

—¿Con animales? —murmuró Newford—. ¿No ha probado con personas?

—No. ¿Con quién podría haber probado?

—¡Caramba! —exclamó Forrester—, ¡Con sus ayudantes, por ejemplo! ¡o con cualquiera de los seis auxiliares que tiene a su disposición!

—Están a mi disposición para muchas cosas, señor Forrester, pero no creo que aceptasen estarlo como conejillos de Indias.

—¿Por qué no? Les estamos pagando muy bien, ¿no es así?

—Vamos, vamos, querido —amonestó Helen Forrester—, no se dispone así como así de la gente.

—Bueno, pues les daremos más dinero —encogió los hombros Forrester—. ¿Cree que aceptarán si les ofrecemos una prima extra, profesor?

—Depende de la prima, supongo.

—Haga usted mismo la oferta. Tiene carta blanca. Ahora, hablemos un poco más de esa *Superlife,* dénos más datos sobre las que ya nos envió.

Ira Vanderlyn estuvo dando explicaciones y contestando preguntas durante el aperitivo, y luego, durante el almuerzo. Los tres mecenas y sus esposas le escuchaban con suma atención. interesadísimos... y escépticos, en el fondo. Angeline pensaba que Ira bien podía haber mantenido en secreto su descubrimiento, pero el mal ya había sido hecho cuando, entusiasmado por sus avances, informó a los tres

millonarios, posiblemente para ofrecerles alguna compensación a sus muchos gastos.

El aperitivo y el almuerzo fueron servidos por las tres tripulantes para todo: Debbie, Diana y Elinor, ayudadas ocasionalmente por alguna de las secretarias, que, por lo demás, compartieron la mesa. No parecía que Newford y sus socios tuvieran preocupación alguna respecto a la discreción de sus secretarias o tripulantes, que, aunque fraccionada, pudieron escuchar prácticamente toda la conversación.

Cuando, más tarde, tomando ya el café a solas los tres matrimonios y los dos invitados, Angeline hizo un comentario al respecto, Stuart Newford se quedó mirándola asombrado.

—¿Qué pueden hacer, aunque sepan lo que tenemos entre manos? —preguntó—. Es como si yo le digo a usted que tengo un procedimiento para convertir en oro las piedras. ¿De qué le sirve a usted saber lo que yo tengo, si es mío, no de usted, y además no sabe cuál es el procedimiento?

—Quizá tenga razón —murmuró Angeline—, pero supongo que ha oído usted hablar del espionaje industrial, señor Newford.

—¿Del...? ¡Qué barbaridad! Vamos, vamos, señorita Roberts. La que menos lleva cuatro meses conmigo, y no tengo motivo alguno para pensar fantasías. Son unas buenas chicas bonitas y eficientes...

—Y complacientes —dijo Blanche Newford.

—La vida es corta —suspiró Stuart Newford—. Por eso *todos* procuramos obtener de ella el máximo goce posible. Ya sabes, mi amor, que en cuanto esto termine iremos a México, a cualquiera de esos encantadores lugares tranquilos y solitarios donde hay hermosos muchachos morenos que sirven refrescos a las turistas americanas...

La señorita Roberts dirigió una amabilísima mirada a Newford.

—Bueno —dijo—, he viajado un poco, si.

—¿De veras? ¿A qué se dedica?

—Pretendo dar clases de Historia en una universidad, a ser posible en Los Angeles.

—Caramba —se pasmó Forrester—, ¡qué combinación más chocante la de usted y el profesor! ¡Historia y Ciencia!

—Quizá sea yo la encargada de dejar escrito para la Historia los adelantos científicos conseguidos por Ira —deslizó Angeline.

—¡Esto sería la posteridad para ambos! —rió Warner—.

Bien, profesor: ¿cuándo vamos a proceder al experimento? Naturalmente, nos gustaría estar presentes.

—Los efectos no se perciben hasta pasadas no menos de seis horas —advirtió Vanderlyn—. De todos modos, luego hablaré con los auxiliares, y si ellos aceptan, les enviaré recado al yate... A menos que quieran bajar con nosotros a tierra ahora.

—No, no, no —intervino Newford—, Sin duda, usted tendrá todavía cosas que preparar, y nosotros aprovecharemos para dormir un rato. ¡Nos sentará bien una siesta, después de un almuerzo magnifico! Desde luego, comemos demasiado —frunció el ceño—. Supongo que hemos adquirido la costumbre en México. Bien, ya nos avisará cuando todo esté a punto, profesor.

* * *

Pero ¿qué puede pasarnos? —insistió uno de los auxiliares.

Los otros cinco, llamados como él a la salita de descanso para escuchar la proposición, miraban fijamente a Vanderlyn. Sentados cerca de éste y de Angeline. los ayudantes Sinclair. Parker y Merrill permanecían en silencio.

—No puede pasarles nada malo —aseguró Ira—. Es un experimento que goza de todas las garantías.

—Pero con animales —dijo otro de los auxiliares.

—Lo que es malo para los animales, es malo para las personas — lo miró apaciblemente Ira—. De todos modos, no están obligados a aceptar, ni mucho menos.

—Pero es que usted ni siquiera nos dice para qué vamos a ser inyectados, qué se espera de nosotros, profesor.

—No quiero que sepan nada, a fin de no mentalizarles. Me gustaría que sin saber nada nos fueran explicando sus sensaciones, eso es todo. Pueden aceptar o no, de modo quino vale la pena alargar más esta conversación

Los seis auxiliares cambiaron miradas entre sí. La oferta era más que tentadora: veinticinco mil dólares a cada uno por colaborar directamente en la culminación de los trabajos de los cuatro científicos. Si los sumaban al buen sueldo que estaban percibiendo por su estancia en el islote, podrían marcharse de éste con una pequeña fortuna.

El que había tripulado el helicóptero el día anterior se erigió en portavoz del grupo:

—Doscientos mil dólares para los seis, y aceptamos, profesor.

—De acuerdo —asintió Ira Vanderlyn—. Nos volveremos a reunir todos en el laboratorio dentro de una hora.

Una hora más tarde, en presencia de Stuart Newford, Grant Forester y Philip Warner, los seis hombres eran inyectados personalmente por Ira Vanderlyn. Expectación vana, ya que todo consistió en la simple inyección de las dosis, tras ser fraccionadas éstas por Vanderlyn del tubo grande que había tenido guardado en la caja fuerte de pie que había en un rincón del laboratorio. Angeline captó las hoscas miradas de Parker. Merrill y Sinclair cuando Ira abrió la caja, guardó la llave, sacó cuidadosamente el recipiente, y volvió a cerrar. Asimismo, cuando tras repartir la dosis en seis jeringuillas, Ira rompió el recipiente, imposibilitando su posible posterior manejo, fue observado con cierta animosidad.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó uno de los hombres.

—Nada en absoluto —dijo Ira Vanderlyn—. Sigan haciendo sus cosas, y cuando empiecen a notar que algo no es como les ha parecido hasta ahora, vengan a verme. Tendremos que conversar mucho ustedes y yo. Ah. otra cosa: les he asignado un color a cada uno de ustedes, a fin de no complicar las cosas con nombres. He preparado seis brazaletes, cada uno señalado con el nombre de un color: Blanco. Negro. Rojo, Azul, Verde y Amarillo. A cada uno de estos colores he asignado una ficha, en la que iré tomando los datos, así que no se quiten el brazalete ni para dormir, no fuesen a equivocarse al día siguiente y cambiarlos. ¿Está entendido?

—Descuide.

Vanderlyn mostró las fichas, también marcadas con las palabras Blanco, Negro. Rojo. Azul, Verde y Amarillo, y tendió los correspondientes brazaletes a los seis hombres, que se los colocaron.

La suerte estaba echada.

* * *

Angeline se puso el pijama, se sentó en el borde de la litera inferior del grupo de tres que había en el dormitorio que le había sido asignado, y encendió un cigarrillo.

El silencio le pareció sencillamente espantoso. No estaba acostumbrada a lugares como aquél, donde la vida parecía estar como comprimida por el frío, por la soledad. Había escarcha en los gruesos cristales de la ventana, a través de los cuales veía la pavorosa negrura de la noche. Todavía soplaba aquel gélido viento, pero el parte meteorológico escuchado en la radio anunciaba la inminente llegada de nevadas, de momento de poca consideración, pero que se irían intensificando.

El silencio parecía crear aquel sonido especial en sus oídos, como un zumbido continuado. Miró su relojito de pulsera: hacía ya veintinueve horas que Ira Vanderlyn le había administrado la dosis de *Superlife.* Si Ira estaba en lo cierto, en cualquier momento podía comenzar a sentir... cosas nuevas.

En cualquier momento.

Se puso en pie. y se acercó a la ventana. A través de los cristales vio la blanca forma del yate anclado. La noche era transparente, hermosa, estrellada. Pero la escarcha en la ventana indicaba bien claramente el tremendo frío que debía reinar en el exterior. Por supuesto, no había nadie en la cubierta del yate, lo que no habría sido así si se hallaran en una isla del Caribe, o de los mares del Sur. Entonces, todos habrían estado en cubierta, tomando unas copas, charlando, escuchando música, incluso bailando...

Nueve mujeres y tres hombres en un yate. Y parte de una conversación sobre hermosos muchachos morenos mexicanos que servían bebidas refrescantes... La solución a todo esto apareció de pronto en la mente de Angeline Roberts: aquellas personas degeneradas, en el sentido estricto del modo de vivir. Físicamente, no estaban más degeneradas que el resto de los mortales; bueno, quizá un poco menos, porque siempre habían vivido bien, se habían cuidado mucho. Pero en el aspecto moral eran unas degeneradas.

Como si fuese algo que desde siempre había sabido e incluso visto, aparecieran las imágenes en la mente de Angeline Roberts: nueve mujeres y tres hombres. Los tres hombres hacían lo que querían con las nueve mujeres. Con todas a la vez, o por separado, en parejas o en grupos. Y ellas lo aceptaban todo. Luego «vio» a las tres esposas millonarias paseando por playas tropicales abrazadas a la cintura de hermosos jóvenes de tez morena y blancos dientes. Podían ir con uno, con dos, o con más. Filas, cuando había hombres cerca, también se divertían. Los hermosos y musculosos muchachos morenos las tendían en la arena, o las tumbaban en la cama de hermosos *bungalows,* y las poseían con la furia que ellas exigían.

Si.

Eso hacían.

No eran de fiar.

Ninguna de las personas que en aquel momento se hallaban a borde del «Hurricane Bye» era de fiar. Ni una sola. No había en ninguna de ellas un sentimiento puro ni siquiera noble. Cada cual buscaba su lucro y goce personal, cayera quien cayera.

Angeline parpadeó. Luego, se pasó una mano por la frente. ¿Con qué derecho suponía ella todas aquellas cosas de personas a las que apenas conocía? Porque una cosa era hacer suposiciones maliciosas y otra cosa era decidir que aquellas personas hacían todas aquellas

cosas.

Pero aún había más. A las tres esposas les gustaban también las seis chicas de servicio, secretarias y tripulantes. A los tres hombres les gustaban las niñas. En México habían comprado virginidades infantiles. Tenían negro el corazón.

No, no había nadie bueno en aquel yate.

Angeline cerró los ojos, y las imágenes y pensamientos se concretaron todavía más. En sucesivas oleadas le fueron llegando pensamientos de traición, mentira y peligro. No. no eran pensamientos: eran sensaciones profundas que se instalaban en su mente llegando del exterior.

—Tengo que avisar a Ira —se dijo.

Pero permaneció allí, de pie ante la ventana, contemplando el yate. Dentro de aquel yate, en aquel momento había una orgía. Lo sabía. Aparecieron en su mente imágenes de la orgia. Angeline experimentó náuseas, dentro de ella creció una sensación de rechazo al «ver» aquellas escenas.

De pronto, retrocedió un paso, asió las contraventanas de gruesa madera, y las cerró, quedando a salvo de la visión de la noche estrellada y gélida.

Volvió a sentarse en el borde de la litera. El cigarrillo se estaba consumiendo entre sus dedos. No había fumado de él más de dos o tres veces, lo había olvidado. Llegó la idea: el tabaco era un veneno que había sido impuesto al Hombre.

Esta idea le sorprendió.

¿Impuesto? ¿Se había *obligado* al Hombre a fumar? ¿Cuándo y por qué motivo? No supo el cuándo, pero supo el por qué: si bien en la actualidad el fumar parecía un derecho al placer, un... privilegio al que todos tenían acceso, muchos años atrás, ¡muchos!, había sido un castigo inventado por los poderosos contra los débiles que se rebelaban contra su destino de esclavos miserables. Sí, un castigo. Les obligaban a fumar, y así, les provocaban enfermedades, les quemaban los pulmones, deterioraban todo su sistema respiratorio, digestivo, mental, circulatorio. Era una tortura atroz. Los poderosos mantenían inmovilizados a los rebeldes esclavos, y los obligaban a fumar una tras otra las grandes hojas de tabaco liadas, hasta que sus cuerpos se... pudrían de enfermedades, disfunciones, vómitos. Pasó el tiempo... Hubo una breve temporada de liberación de los esclavos y éstos dejaron de ser sometidos a la tortura del tabaco. Pero en sus cuerpos había quedado un hábito terrible, que no pudieron resistir, así que algunos continuaron fumando, aunque resistiéndose a hacerlo. No podían evitar de fumar, pero fumaban menos. Entonces, lo que haciéndolo sin cesar se había convertido en una horrible tortura, se fue conviniendo en un insospechado placer. Pasó el tiempo... Fumar

era ya. decididamente, un goce. Y ahora no sólo se fumaban hojas de tabaco, sino de otras plantas; marihuana, opio, hachís...

Era un placer.

Y así, la rueda dio la vuelta completa, y el propio Hombre, en su ignorancia, sustituyó el veneno rápido del fumar continuo por el veneno lento de fumar espaciado a lo largo del día. Y así durante días y días, y meses, y años... Se envenenaban a sí mismos lentamente. Atrofiaban sus órganos y su mente...

Angeline miró el cigarrillo ya casi consumido entre sus dedos. Lo dejó caer al suelo y lo aplastó.

Nunca más volvería a fumar.

Apagó la luz, se abrigó bajo las mantas y cerró los ojos.

—Me está haciendo efecto el *Superlife* —se dijo.

Se sentía tranquila. Muy tranquila, segura de sí misma.

Cerró los ojos y se durmió.

CAPITULO III

Abrió los ojos.

Fue como si no los hubiera abierto. La oscuridad, cerrada la ventana y apagada la luz, era absoluta. Sin embargo, Angeline miró directamente hacia la puerta del dormitorio, don de su finísimo oído había captado el levísimo ruido que la había despertado.

Volvió a oír el sonido, con toda nitidez.

Se sentó rápidamente en el borde de la litera.

—¿Ira? —preguntó con voz tranquila, serena.

Oyó como una respiración entrecortada. Luego, con una nitidez cada vez más acusada, sorprendentemente, oyó el rumor de unos pies alejándose rápidamente.

Sin encender la luz fue hacia la puerta y la abrió. El pasillo estaba a oscuras. Y no debía estarlo, estaba segura de que la noche anterior la luz había quedado encendida allí. Salió al pasillo, y sin molestarse en encender la luz, caminó por él. Se detuvo exactamente delante de la puerta del dormitorio que ira compartía con Mike Parker. Si Ira hubiese estado solo habría entrado, pero no quería comprometerlo.

Entonces oyó un ruido en la cocina.

Se dirigió hacia allí sin vacilar. La puerta de la cocina estaba cerrada, pero por debajo se veía una raya de luz. Angeline asió el pomo de la puerta y la empujó.

En seguida vio al hombre, acuclillado frente al abierto frigorífico. Estaba en pijama, pero llevaba en el brazo izquierdo el brazalete con la palabra Azul. El hombre volvió la cabeza, la vio y le sonrió amistosamente.

—Hola —dijo—. ¿La he despertado?

—¿Ha estado usted hurgando en la puerta de mi dormitorio?

Un gesto de sorpresa apareció en el rostro del hombre, y Angeline supo que era sincero cuando dijo:

—No. Tenía apetito y he venido directamente a la cocina. ¿Quiere comer algo?

Angeline miró la boca del hombre. La tenía llena de comida y apenas se le podían entender sus palabras. Estaba comiendo peor que un cerdo, comía como si nunca en su vida lo hubiera hecho hasta aquel momento, y el hambre de treinta años hubiera aparecido por fin. Por las comisuras de la boca le caía jugo y aparecía comida mal masticada. Tragaba como un buitre, a medio masticar, y seguía comiendo.

—No, gracias. ¿Se encuentra bien?

—¿Yo? ¡En mi vida me he encontrado mejor!

Angeline asintió. El hombre seguía comiendo. Agarraba lo primero

que tenía a mano, fuese lo que fuese, y se lo comía. Aflora bebía leche. Era como echarla a un depósito, le desbordaba por la boca, estaba manchando el pijama. Pero el hombre seguía comiendo, con una voracidad increíble, a una velocidad espantosa.

—Sería mejor que no comiese tanto —murmuró Angeline—. Se encontrará mal luego.

—Tonterías —farfulló el hombre—. ¡Tonterías!

Se quedó mirándola, y por sus ojos pasó un destello, como una chispa negra que explotara y se convirtiera en miles de diminutos puntitos de fuego. Angeline sintió un lento y largo escalofrío recorriendo su cuerpo desde la nuca a los pies. El hombre seguía mirándola, pero no dejaba de masticar.

De pronto, se incorporó, se acercó a ella y, sin más, comenzó a alzarle el pijama: Angeline no permitió que la blusa del pijama subiera más allá del límite de sus costillas. Detuvo las manos del hombre, pero siempre mirando sus ojos encendidos. El hombre sonrió, pero de nuevo aquella chispa negra pareció explotar en sus ojos y sus manos hicieron el gesto de continuar alzando la blusa del pijama. Angeline ya no se resistió.

El hombre llamado Azul alzó la ropa y se quedó mirando los hermosos pechos de Angeline, que no perdía de vista sus ojos. Era lo único que le interesaba. Mientras sus ojos expresaran lo mismo, ella tendría paciencia. ¿Que importaba que Azul le viera los senos?

Azul los estuvo mirando, los manoseó un poco y, de pronto, se desentendió completamente de ellos para volver ante el frigorífico y continuar comiendo.

No parecía sentir interés por nada más,

Angeline salió de la cocina, cerrando la puerta. Apenas había dado dos pasos cuando la luz del pasillo se encendió. Vio a otro de los auxiliares junto al interruptor, todavía con la mano sobre éste.

El hombre, en pijama, llevaba el brazalete con la palabra Amarillo.

—Hola —le sonrió—. ¿También usted tiene hambre?

Angeline sintió un repeluzno, pero consiguió sonreír amablemente.

—Yo no, pero Azul está en la cocina comiendo algo.

—¿Ah, si? —gruñó Amarillo.

—¿Siempre tienen ustedes tanto apetito?

Amarillo se quedó mirándola enfurruñado. Luego parpadeó, como si un sorprendente pensamiento hubiera pasado por su mente. Acto seguido. Volvió a mostrar una mueca hostil, y sin más, pasó junto a Angeline, directo a la cocina.

Angeline permaneció inmóvil en el pasillo. Había algo en el ambiente que le producía continuos escalofríos. Presentía algo especial, algo... horrible y nauseabundo. Desde la cocina, le llegaron las voces de Amarillo y Azul, amortiguadas, pero perfectamente

audibles para ella. Las oía perfectamente.

«Pero yo no tengo apetito», pensó.

Ya está. Ya había encontrado la relación de causa y efecto: la *Superlife* era la causa, el voraz apetito de Azul y Amarillo era el efecto. Pero ella también había ingerido la droga y no sentía apetito. Se sentía sobrecogedoramente lúcida, pero no tenía apetito en absoluto.

Se dirigió hacia el dormitorio de Ira Vanderlyn, y esta vez empujó la puerta sin vacilar, entró, ajustó tras ella y encendió la luz. Cada uno en su litera. Mile Parker e Ira Vanderlyn, dormían tranquilamente.

Se acercó a Vanderlyn y lo sacudió suavemente.

—Ira —susurró.

El joven profesor abrió los ojos: hizo un gesto de rechazo al recibir de lleno la luz., pero ya había visto a Angeline. Se sentó de un salto, alarmado.

—¿Qué ocurre? —exclamó.

—Tienen hambre. Azul y Amarillo están en la cocina, atiborrándose como auténticos cerdos.

—¿Están comiendo ahora?

—Comiendo, no. Tragando.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la madrugada.

Vanderlyn lanzó una exclamación y saltó de la litera. En la inferior. Mike Parker se removió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Los auxiliares tienen hambre —dijo Angeline.

Parker salió de su litera y quedó junto a ambos, mirando expectante a Vanderlyn.

—¿Y eso qué significa? —preguntó—. Que yo sepa, no estaba previsto, Vanderlyn.

—No, no estaba previsto. Pero tampoco creo que tenga tanta importancia. ¿Quién de nosotros no se ha despertado a medianoche y ha ido al frigorífico en busca de cualquier golosina?

—No están buscando «cualquier golosina» —se impacientó Angeline —. Están tragando, están devorando. Azul parecía una bestia inmunda metiéndose comida en la boca.

Una puerta batió el pasillo. Angeline entornó los párpados. y murmuró:

—Ahí va otro en busca de comida.

—Voy a ver —exclamó Parker, dirigiéndose hacia la puerta.

Salió al pasillo. Vanderlyn miraba asustado a Angeline.

—¿Tú no tienes hambre? —preguntó.

—No. en absoluto.

—¿Te sientes normal?

Eso tampoco. Me siento mucho más lúcida que habitualmente. Me siento capaz de adivinar pensamientos y hechos que están sucediendo. Me siento capaz de valorar a las personas... y siento... una extraña energía que no sé cómo encauzar...

—Pero... ¿te encuentras mal?

—No.

Vanderlyn se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué clase de energía? —inquirió—, ¿Qué te sientes impulsada a hacer?

No sé..., nada especial. Siento mucha fuerza en mi. Creo que hasta podría levantarte a peso.

Pasó las manos por debajo de las axilas de Vanderlyn, tensó los músculos y lo alzó del suelo, a pulso. Vanderlyn, suspendido en los aparentemente delicados brazos de Angeline, lanzó una exclamación. Ella lo depositó en el suelo y sonrió, divertida.

—De todos modos —dijo Vanderlyn—, lo tuyo entra dentro de las previsiones. Pero esa hambre voraz de ellos...

La puerta del dormitorio se abrió y reapareció Parker con voz preocupada.

—Era Negro —explicó—; ha ido a la cocina a comer algo. No me gusta esto. Vanderlyn... Ni me gusta la expresión de Negro. Quizá debimos experimentar más, todos juntos y todos sabiendo de que iba la cosa hasta el final, ames de inyectar a esos hombres.

El reproche estaba claro. Vanderlyn frunció el ceño.

—¿Quiere decir que cree que el experimento está fracasando, Parker? —gruñó.

—Cuando una faceta del experimento escapa del control del experimentador.... ¿qué diría usted? —replicó Parker.

—Vamos a ver a los otros tres —dijo Vanderlyn irritado

Salieron al pasillo y empujaron la puerta del dormitorio que compartían Blanco. Verde y Rojo. La luz estaba encendida. Blanco y Rojo todavía en sus literas, estaban hablando. Verde no estaba.

—Parece que nadie tiene sueño esta noche —dijo alegremente Blanco.

Vanderlyn les dirigió una mirada escrutadora.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó.

—Estupendamente —aseguró Rojo—. Precisamente estábamos comentando el buen apetito que tenemos. Vamos a ir a la cocina a tomar un bocado... ¿Qué pasa? ¿Algo no va bien?

Mike Parker apretó los labios. Vanderlyn eludió una respuesta directa.

—Vayan a comer algo, si tienen apetito. Luego, vengan al laboratorio todos: tenemos que cambiar impresiones Parker, vaya a despertar a Sinclair y Merrill, por favor

—De acuerdo —se dirigió hacia la puerta Parker

—¿Y Verde? —preguntó Angeline—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos.

—Vamos al laboratorio. Angeline —dijo Vanderlyn— Verde... ya debe de estar en la cocina, claro...

* * *

Verde no estaba en la cocina.

Desde las rocas, en la fría oscuridad, contemplaba la blanca silueta del yate. La gélida brisa procedente del mar agitaba la ligera tela de su pijama. Llevaba allí el tiempo suficiente para estar ya congelado, pero ni siquiera se estremecía. Era como si no fuese de carne y hueso. Miraba obsesivamente al yate, y eso era iodo.

Miraba al yate y, a ráfagas, pensaba en Angeline Roberts. Pero no. Sólo era *una* mujer, y en el barracón había demasiados hombres. Sentía como un torbellino en su cabeza y a cada instante que transcurría sentía arder más y más su sangre. Si, exactamente era eso lo que sentía: le hervía la sangre.

Sentía calor.

Un calor como nunca lo había sentido.

De modo que se quitó el pijama y lo dejó sobre las rocas. Seguía llegando el gélido aire, que en algunas partes emitía como un dolorido aullido... Verde se metió en el agua, sin más consideraciones. Un agua cuya frialdad, a las dos y pico de la madrugada, era sencillamente insoportable para un cuerpo humano, pero Verde nadó silenciosa y tranquilamente, a braza, hacia el yate, junto al cual estaba el pequeño bote, amarrado a la escalerilla. Verde se agarró a ésta y en unos segundos subió a cubierta. Tan sólo que hubiese permanecí do inmóvil un minuto, el frío habría convertido en escarcha el agua que chorreaba por su cuerpo musculoso.

Pero Verde no permanecía inmóvil.

Entró en el yate. Había dentro una luz rosada en el salón y otra en

el pasillo de los camarotes. Verde enfiló este pasillo, y sin titubeo alguno, asió el pomo de una puerta y lo giró. Entró en el camarote y cerró la puerta tras él.

Allí dentro no había luz alguna encendida, pero si había un leve resplandor grisazulado de estrellas, que se esparcía desde la portilla circular, a través del grueso cristal, natural mente cerrado.

Chip, chip, chip, chip..., goteaba el cuerpo de Verde en el centro del camarote.

Distinguió las dos camas, separadas por una mesita de noche. Se acercó más y distinguió, bajo las sábanas, las formas de los cuerpos... la espectral luz se reflejó en los largos cabellos femeninos. En aquel resplandor, aparecieron, como azules, los ojos de Verde.

Se acercó a las camas, se introdujo en el pasillo que había entre ambas y miró a derecha e izquierda. ¡Ah.... dos mujeres! ¡Eso ya estaba mejor!

Mucho mejor.

Se inclinó, asió la ropa de la cama y la retiró de un tirón. En la cama, la tripulante Kay se asiló, se removió, quedó boca arriba... Sus ojos se abrieron. Durante un par de según dos no hizo nada más. Luego, inició el salto que habría de dejarla sentada, al mismo tiempo que una exclamación nacía en su garganta... el puño derecho de Verde cavó sobre su frente, en tremendo mazazo, derribándola de nuevo boca arriba sin haber conseguido ni sentarse ni gritar. Ya no se movió.

Verde se volvió hacia la otra cama y apartó también la ropa. La espectral luz estelar pareció bañar en azulgris el desnudo cuerpo de la tripulante Diana. Verde deslizó las manos por aquel cuerpo tibio, joven, hermoso... Apretó los senos. el vientre, los hombros, de nuevo los senos.

Diana abrió los ojos y lanzó una ahogada exclamación estremecida:

—¿Todavía más...? —refunfuñó—. ¡Qué frió!

—Hagámoslo —dijo Verde.

La muchacha quedó inmóvil un instante. Luego, se estremeció.

—¿Quién eres? —jadeó—. ¡Tú no eres...!

La mano izquierda de Verde se cerró en su delicada garganta y apretó.

—Hagámoslo o te estrangulo —dijo.

Diana sintió como si le acabasen de colocar en el cuello un collar de hielo. El frío del cuerpo de Verde, que éste no sentía, si lo sintió ella, penetró en su garganta como si la estuviera empapando, atravesando. Un frió paralizante. Sus ojos contemplaban desorbitados al hombre, la forma de su cabeza, que no identificaba como la de ninguna de los tres millonarios.

Un gemido entrecortado brotó de los labios de Diana. Verde se inclinó sobre olla y sus labios se apoderaron de los de la muchacha. Sus dientes mordieron ferozmente. El quejido Je Diana quedó también como congelado en su garganta. Los ojos de la bella joven casi saltaban de las órbitas. Cuando Verde se tendió sobre ella, el frío de su cuerpo resultó horrendo para Diana, que intentó quitarse de encima la poderosa bestia que la aplastaba.

Verde dejó de morderle la boca, de apretar su cuello. Con ambas manos la asió por los cabellos, a la altura de las orejas, y apretó con fuerza contra la almohada, dolorosamente.

—Hagámoslo bien —jadeó—, o te mataré. ¿Entiendes? ¡Tienes que ser una buena chica conmigo!

—Katy —gimió Diana—. ¡Katy...!

La boca de Verde cayó de nuevo sobre la suya. Diana notó la búsqueda del hombre e intentó apretar los muslos, pero la fuerza masculina era terrible. La venció completamente. Un grito de dolor quedó ahogado en su cuerpo cuando se produjo la violenta penetración viril... Y si hasta entonces Diana había estado asustada había sido, comparativamente, sin motivos. Apenas Verde entró en posesión de ella, pareció enloquecer y su brutalidad aumentó de un modo inconcebible;..Ya no mordía la boca de Diana, pero ésta se sentía tan aterrada que ni siquiera podía gritar. Se encogía en poder de aquella fiera que estaba descargando sobre ella toda la furia de sus instintos, con energía, con rabia inaudita.

Diana tuvo la sensación de que su helado cuerpo se tronchava, se rompía, se desarticulaba, quedaba como machacado bajo el poderío masculino que se manifestó por tres veces sin interrupción alguna. Le dolía el cuerpo, lo sentía quebrado, estaba al borde del desmayo. Sentía los feroces mordiscos en los hombros y los senos, la presión de aquellas garras.

Cuando uno de los mordiscos le arrancó un pedazo de carne, Diana se desmayó.

Verde tardó un poco en darse cuenta. Entonces, simplemente, salió de aquella cama y pasó a la otra. Katy se estaba recuperando, estaba regresando lentamente de la inconsciencia producida por el mazazo. La presión sobre ella la sobresaltó.

—¿Qué...? —empezó a jadear.

Una boca con sabor a sangre cayó sobre la suya. El peso poderoso terminó de aplastarla. Inmediatamente, el hombre entró en ella con fuerza devastadora. Katy se tensó, quiso gritar, quiso escupir aquel babor de su boca... La violencia posesiva del hombre era espantosa y Katy comprendió que nunca podría vencerla: supo que sólo iba a conseguir dolor con la resistencia, así que cedió. Verde dejó de morder su boca y lanzó un rugido de alegría.

—¡Así! —barbotó—. ¡Así quiero que lo hagas!

Y Katy emprendió el más alucinante viaje sexual que recordara en toda su vida.

CAPITULO IV

—Falta Verde —dijo Vanderlyn—, ¿Ninguno de ustedes lo ha visto?

Los oíros cinco auxiliares, de pie ante él en el laboratorio, le contemplaban hoscamente.

—¿Podemos marcharnos ya? —gruñó Blanco—. ¡Tengo hambre!

—Ya no puede quedar nada en el frigorífico —recordó Azul.

—Bueno, pero tenemos despensa intervino Amarillo—. Hay de todo allí.

—Pues vayamos —dijo Rojo.

—Exactamente —graznó Negro—. ¿Qué estamos esperando?

Hablaban entre sí como si estuvieran solos, como si no se hallaran frente a cinco personas que les contemplaban entre curiosos y preocupados. Nelson Sinclair. Mike Parker y Raymond Merrill se miraban de cuando en cuando, y miraban luego a su jefe de investigaciones. Ira Vanderlyn, que era el que más preocupado parecía. Angeline, sentada de lado en la esquina de una mesa de trabajo, miraba fijamente a los cinco hombres.

—Ustedes saben —dijo suavemente— que si van a la despensa terminarán con todo lo que hay en ella, y entonces nos vamos a ver todos en dificultades. ¿No podrían... controlarse un poco?

—Hay comida —sonrió Negro, mirándola lentamente de pies a cabeza—. ¡Hay mucha comida en el islote!

—No tanta —rechazó Vanderlyn—. Nuestra última compra de provisiones no fue tan abundante como las veces anteriores. porque ya sabíamos que no permaneceríamos aquí mucho tiempo más. De modo que no hay tanta comida como ustedes dicen.

—Hay mucha comida en el islote —insistió Negro, mirando el escote de Angeline—. ¡Y de la mejor!

Los otros emitieron una risita Angeline fue la única que comprendió lo que estaba insinuando Negro, y palideció ligeramente. No sintió miedo, sino un extraño repeluzno producido por el conocimiento de la idea de Negro y los demás.

—Será mejor que vayan a la despensa —dijo.

—¡Pero si van a ella nos dejarán sin...!

—Déjalos, mi amor —miró apaciblemente a Ira—. Estos buenos muchachos nos están ayudando, así que no es justo privarles de lo que deseen o necesiten.

—¡Ni siquiera hemos conversado con ellos sobre el experimento! —protestó Vanderlyn—. ¡Tengo que preguntarles...!

—No hace falta. Tienen hambre, eso es todo. ¿No es así, muchachos?

Los cinco se quedaron mirándola. Había en mis ojos aquellas chispas negras que soto Angeline percibía, aquellos destellos

tenebrosos de fuego negro todavía contenido...

—Está bien —dijo Vanderlyn—. Vayan a la despensa. Si es necesario, mañana mismo iremos a por más provisiones a Gustavus. Pero sería mejor que no se atiborrasen más...

Los cinco auxiliares ya no le escuchaban. Habían salido corriendo del laboratorio, sin haberlo mirado a él, ni a los colaboradores científicos de Vanderlyn: sólo habían mirado en todo momento a Angeline, como si entre ellos y ella se hubiera establecido una comunicación... especial.

—No me gusta esto —musitó Merrill—. ¡No me gusta nada, Vanderlyn!

—Algo extraño está pasando —aseguró Parker.

Angeline miró a Nelson Sinclair, que no hizo comentario alguno. Sinclair tenía los párpados bajos, de modo que Angeline no pudo ver sus ojos. Sonrió.

—Señor Sinclair.

Este le miró vivamente, sobresaltado.

—¿Eh...?

—¿Qué le ocurre?

—¿A mí? Nada... Lo mismo que a todos, mejor dicho. Esto no me gusta nada, simplemente.

Angeline entornó entonces sus párpados. Sus hermosos ojos azules emitían destellos de sobrecogedora inteligencia. En la mente insólitamente lúcida de Angeline había ahora otra información: Nelson Sinclair tenía una preocupación adicional. Estaba más preocupado que los demás, y también estaba... desconcertado. Si, exactamente: desconcertado y preocupado en exceso.

—Deberíamos buscar a Verde —dijo Vanderlyn—, El hecho de que no esté en el barracón me preocupa. No hace un tiempo como para estar de paseo, precisamente. Vean si consiguen localizarlo, por favor.

Los tres ayudantes salieron en silencio del laboratorio. Inmediatamente, Vanderlyn miró a Angeline.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ansiosamente.

—¿Otra vez? —rió la bellísima rubia—. ¡Ya te he dicho que estoy maravillosamente! ¡Como nunca en mi vida!

—Bueno, eso tiene sentido, ya que la *Superlife* no deja de ser una droga masculló Vanderlyn—, pero algo ha pasa do... ¿Seguro que no tienes apetito?

—Ni pizca. Si no recuerdo mal, incluso me dijiste que podría pasar una semana sin comer ni beber, así que eso está sucediendo.

—¡Pero los demás están locos de hambre!

—¿Tú no sentiste hambre cuando le inyectaste?

—No.

—Entonces, algo ha pasado con la droga. Quizá se ha deteriorado, o alterado de algún modo, perdiendo parte de sus cualidades o características. ¿Es posible?
—No —gruñó Vanderlyn—. No es posible, un preparado estable. ¡No es una copa de champaña que se desbrava en minutos!
—No te pongas nervioso. ¿Qué puedes decirme de Sinclair?
—¿De Sinclair? Nada... Bueno, lo mismo que sobre los demás. Me ha ayudado bien, eso es todo.
—Está desconcertado y preocupado. Y te diré más: ha hecho algo innoble.
—¿Innoble? ¿Qué cosa?
—¿Tenia el acceso a la droga?
—No, si te refieres al preparado final que yo guardaba en la caja fuerte, no. Ni él ni ninguno de los otros.
—Se me ha ocurrido que podría haberla… manipulado.
—¿Por qué habría de hacer eso?
—Para fastidiarte.
Ira Vanderlyn se quedó mirando fijamente a Angeline. Luego miró hacia la caja fuerte y suspiró.
—Para llegar al preparado final de la *Superlife*, Sinclair tendría que haber abierto la caja por sus propios medios. No me parece capaz de conseguir eso.
Angeline sonrió una vez más, siempre como divertida.
—Es una caja fuerte simpática —dijo.
—¿Qué quieres decir con eso? ¡Simpática!
—Las cajas fuertes «simpáticas» son aquellas que no ofrecen dificultades especiales para alguien que tenga un mínimo de habilidad... y que haya podido estar echando vistazos cuando otra perdona le abría y la cerraba. Incluso sin esa ayuda, se puede abrir tu caja fácilmente, Ira
—¿Si? —gruñó el científico—, ¡Me gastaría verlo!
Angeline no replicó. Se dirigió a la caja fuerte, se acuclilló ante ella, maniobró unos segundos en el dial y abrió la puerta. Se volvió a mirar sonriente a Vanderlyn. que la contemplaba estupefacto..., lívido.

—Ya ves —dijo Angeline—: es simpática.

—¿Cómo has podido conseguir eso? —exclamó por fin Ira.

—Simple habilidad.

—¡Habilidad gracias a la *Superlife!* ¡Pero Sinclair no ha sido inyectado!

Angeline cerró la puerta de la caja fuerte, se irguió, abrió la boca... y permaneció así. Casi en seguida se oyeron pasos precipitados por el pasillo. La puerta del laboratorio se abrió impetuosamente y apareció Parker, con el rostro desencajado.

—¡Vanderlyn! —aulló—. ¡Venga conmigo!

—¿Qué ocurre? —respingó Vanderlyn.

—¡No tengo ni idea! ¡El señor Newford está en la cubierta del yate, llamándonos a todos a gritos! Merrill y Sinclair le están pidiendo que se acerque con la barca, para llevarnos a bordo.

Salieron los tres al frió espantoso de la noche. Entonces, sí oyeron los gritos de Newford, cuya silueta se veía junto al portón de acceso al yate. Junto a él estaba ya Merrill, mientras Sinclair volvía con la barca a las rocas, los recogió a los tres, regresó hacia el yate y en pocos segundos todos estuvieron a bordo. Dentro del yate se oían gritos, sollozos, carreras de pies... Stuart Newford, en pijama, estaba helado de frío, pero menos de lo que debiera, pues no cesaba de gritar y su excitación le producía calor... Angeline se plantó ante él, alzó la mano derecha extendida, la dejó caer, de canto, a un lado del cuello del millonario, que se desplomó en cubierta.

—Pero. .. ¿qué haces? —aulló Parker.

—Tranquilizarlo. Ha sido un golpe perfecto, ¿verdad? Será mejor que le reanimen y lo lleven abajo. Ira, vamos a ver qué ocurre.

No tuvieron dificultad alguna en localizar el foco de la excitación, en uno de los camarotes, ante cuya puerta las mujeres del yate parecían al borde del desmayo, entraban y salían... Estaban como Newford, al borde de la histeria.

Cuando iban a entrar en el camarote, Philip Warner y Grant Forrester se colocaron en el umbral, cortando el paso de Angeline.

—Se.... será mejor... que... que usted no entre... —jadeó Forrester.

Angeline lo apartó. Simplemente, lo apartó, casi derribando al sorprendido Forrester, que intentó detenerla. No sólo utilizó Angeline una fuerza sorprendente en una muchacha como ella, sino una gran habilidad de desplazamiento.

Al ver el cuadro en ambos lechos cerró un instante los ojos.

—Dios del cielo... —jadeó Vanderlyn, tras ella.

Angeline abrió los ojos. De pronto, miró a Debbie, una de las tripulantes, que era la única que estaba entre los dos lechos. La bella pelirroja estaba pálida, pero bastante serena, aunque no parecía saber qué hacer, salvo intentar calmar a las otras dos tripulantes.

Diana y Katy, que sollozaban y emitían gemidos histéricos en sus lechos, cubiertos de sangre que había salpicado de sus desgarrados cuerpos. Parecía talmente que las hubiesen azotado con alambres de espino de pies a cabeza.

—Ira —miró Angeline a Vanderlyn—, que traigan el botiquín.

—Dios mío... Dios mío...

—Si en el botiquín no hay ningún sedante, ve a buscarlo a tu laboratorio. Un sedante fuerte. Esas muchachas tienen que evadirse o van a volverse locas... más de miedo que de dolor. ¡Vamos!

—Sí... Si, si...

Angeline, que se ocupó de Diana, no tardó en identificar aquellas señales en su cuerpo. Eran mordiscos, que en varios puntos habían arrancado trozos de carne. Tenía mordiscos en el cuello, en los hombros, en los senos... Una mirada al bajo vientre de la muchacha fue suficiente para que supiera que más cosas habían pasado allí.... aunque todo era lo mismo.

Diez minutos más tarde, una relativa calma reinaba de nuevo en el «Ojo del Huracán». Diana y Katy dormían bajo los efectos del sedante facilitado por Vanderlyn, y Angeline y Debbie se dedicaban a limpiar, desinfectar y curar las heridas del mejor modo posible. De cuando en cuando, la azul mirada de Angeline se desplazaba hacia las manos de Debbie, apreciando su más que aceptable habilidad.
Por fin, las dos salieron del camarote y entraron en uno de los cuartos de bailo para lavarse las manos.
—Ha estado usted muy bien —dijo Angeline.
—No más que usted —murmuró Debbie.
—Bueno, digamos que las dos hemos conservado la serenidad mejor que el resto de los invitados —sonrió Angeline—. ¿Sabe usted lo que ha ocurrido exactamente?
—Por lo que pude entender entre sus gritos, un hombre se metió en el camarote y las violó.
—¿Un solo hombre a las dos?
—Si. Las señales estaban bien claras, ¿no cree?
—Desde luego. Pero.... ¿un solo hombre?
—Eso han dicho ellas O eso he entendido yo.
Angeline reflexionó unos segundos antes de murmurar:
—Si... Debe haber sido un solo hombre: Verde.
—¿Quién?
—El hombre que falta en el islote.
—¿Quiere decir que uno de esos hombres vino «nadando» al yate?
—Es evidente.
—Pruebe usted a nadar en esas aguas, aunque sólo sea una docena de brazadas —la miró Debbie, sin dejar de enjabonarse las manos enérgicamente—. Quedaría congelada en cuestión de segundos.
—Bueno, si no fue Verde, tuvo que ser uno de los caballeros del yate. ¿Le parece probable?
—Probable, no lo sé. Pero sé que no ha sido ninguno de ellos, desde luego. No tenían por qué hacerlo, después de... Bueno, no había necesidad de una salvajada así. Además, ellas lo habrían mencionado... Si, debió ser uno de la isla, en efecto. Pero tuvo que llegar a nado y marcharse del mismo modo. Y creo que hace falta ser muy bestia para conseguir eso.
Angeline asintió, terminó de lavarse las manos y salió del cuarto de baño. En el salón del yate estaban los ocupantes de éste. Ira Vanderlyn y sus ayudantes. Todos se volvieron a mirar a Angeline, tras la cual llegaba Debbie.
—¿Cuánto rato dormirán, Ira? —preguntó Angeline.
—Entre seis y diez horas.
—Mejor para ellas. Bueno. Debbie y yo hemos hecho lo que hemos podido, pero convendría que las viese un médico cuanto antes. No

sería mala idea que zarpasen hacia Juneau, señor Newford.

—¿Ahora?

—De este modo estarían allí a primeras horas de la mañana.

—Está bien. ¡Pero esto no quedará así!

—¿Se refiere al golpe que le di? —sonrió Angeline.

—¡Me refiero a lo que han hecho con Diana y Katy! —aulló Stuart Newford—. ¡No quedará así y yo sabré quién lo ha hecho, y entonces...!

—¿Hay armas a bordo? —le interrumpió Angeline.

—Tenemos dos rifles, que utilizamos para rematar tiburones y grandes peces cuando estamos de pesca.

—Muy bien, señor Newford. Espero que sea usted lo bastante inteligente para no utilizar esos rifles en otro tipo de... pesca. De momento, insisto en que deberían buscar un médico.

Newford asintió, sombrío, y miró a Debbie.

—Pon en marcha los motores —gruñó—. Saldremos en cuanto se hayan calentado.

—Si, señor. Voy por el chaquetón.

Reapareció a los pocos minutos, con el chaquetón puesto sobre el pijama, y llevando el uniforme en la mano. Desapareció hacia cubierta.

—Creo que nosotros deberíamos marcharnos —dijo Vanderlyn—. Espero que Verde esté ya en el barracón...

—Un momento, profesor, un momento —gruñó Forrester—. ¿Puede usted explicarnos lo que ha pasado?

—No. Lo siento.

—¡Lo siento! Lo que hemos visto no lo puede hacer una persona norma!... Ya sallemos que un hombre puede tener un nial momento y violar a una mujer, lo cien, que demonios!, pero de eso a lo que han hecho con Katy y Diana... No sé si se da cuenta de la responsabilidad que todos acabamos de contraer. Hasta el punto de que me pregunto si es conveniente llevar a las chicas a Juneau. Como es natural, nos harán preguntas sobre lo sucedido. ¿Qué vamos a decirles? ¿Que han tenido un accidente?

Vanderlyn se pasó la lengua por los labios. Instintivamente miró a Angeline en petición de ayuda. A él se le estaba escapando el asunto de las manos, pero ella, que estaba bajo los efectos del *Superlife,* que era ahora la más fuerte, más inteligente, más sensitiva en todos los aspectos, tenía que encontrar una solución...

—Señor Forrester —dijo Angeline—, ustedes están acostumbrados a resolver todos sus problemas a golpe de dólar, ¿no es cierto? Pues todo lo que han de hacer es encontrar en Juneau un médico que a golpe de dólar sepa hacer su trabajo y permanecer callado. O eso, o tener aquí a esas pobres mu chachas en el estado en que han

quedado. Piénselo ¿Puedo hablar un momento contigo, querido?

Vanderlyn se turbó un poco, pero siguió a Angeline hacia el pasillo. Allí la tomó por los brazos.

—Lo siento... Siento en el lío en que te he metido... Creo que tú también deberías marcharte en el yate.

—No. Me necesitas. Estás asustado y desorientado, ¿verdad?

—Claro. ¿Tú no?

—Desde luego que no —sonrió Angeline—, tu *Superlife* es algo verdaderamente asombroso, Ira.

—Bueno, puedo inyectarme yo. y ocupar tu puesto en la dirección del asunto. ¡Terno que te ocurra algo! Tu... euforia física y mental puede decaer en cualquier momento, y entonces te encontrarías indefensa. Incluso es posible que el proceso de pérdida de superfacultades se acelere... ¡Algo ha fallado en la última fórmula!

—No. Y eso es lo que quería decirte. Ira. Tú lo hiciste todo bien, pero alguien abrió la caja fuerte, te robó una pequeña dosis de *Superlife...*

—No puede ser. Dejemos lo de la caja, porque ya me has demostrado que se puede abrir, aunque sea bajo los efectos de la *Superlife.* Pero nadie me quitó parte de la droga. Yo lo habría notado, porque sabía la cantidad exacta que tenía en el tubo.

—Ahí está la cuestión... ¿No lo comprendes? Alguien te robó una dosis de la droga, y, para que tú no lo notaras, añadió la misma cantidad de otro líquido coloreado de tal modo que pareciese la misma droga, así que esa pequeña porción de líquido añadido es lo que ha dado lugar a la alteración de tu droga genuina. ¿Cuándo preparaste la dosis para mí? ¿Antes de ir a recogerme a Juneau, supongo, ya que me la echaste en el café apenas llegar?

—Si... Sí, en efecto. Antes de marcharme separé la dosis para ti, para tenerla a mano en cualquier momento... ¡Y en eso te ha salvado a ti, tú estás bajo los efectos de la *Superlife* no adulterada!

—Exactamente. Pero eso, además, significa que te robaron la dosis de droga mientras tú estabas fuera, en Juneau. Mientras ibas a buscarme y volvías conmigo, alguien hizo esa maniobra. Y eso puede tener consecuencias... que ni tú mismo puedes prever, ¿no es así?

—Francamente, no sé qué puede pasar, sin saber qué es lo que añadieron a mi *Superlife* en sustitución de la dosis robada. De momento, según parece, la alteración consiste en provocar ese apetito desaforado.

—Apetito de comida..., y también sexual.... de momento.

Ira se quedó mirando asustado a Angeline. Cierto. Apetito de comida y de sexo. Pero... ¿qué más? ¿Qué más podía suceder?

—Tendríamos que saber quién lo ha hecho —murmuró—. ¡Le obligaríamos a decirme qué hizo, y quizá pudiese contrarrestar los

efectos con alguna droga que prepararía a toda prisa...! ¿Cómo podríamos saber quién ha sido? Bueno, de be haber sido uno de mis ayudantes, desde luego, pero... ¿cuál?

—Nelson Sinclair.

De nuevo se sobresaltó Vanderlyn.

—¿Cómo puedes saberlo? —exclamó.

—No sabría explicártelo. Ha sido él. Pero quiero asegurarme bien, porque si me equivoco, los demás comprenderán que no sé seguro quién es. y no habrá modo de hacerles confesar.

—Si, comprendo. Pero no podemos perder tiempo, por que...

En aquel momento, desde el salón les llegó la airada exclamación de Stuart Newford.

CAPITULO V

—¿Cómo que no se encienden los motores? —aulló Newford—. ¿Qué quieres decir con eso?

Debbie, que le contemplaba serenamente, encogió los hombros e insistió:

—Lo he estado probando, y no funcionan, eso es todo. No se produce contacto.

—¿Qué ocurre? —apareció preguntando Angeline, acompañada de Vanderlyn.

—¡Esta estúpida, que dice que los motores no se ponen en marcha! —rugió Newford—. ¡Dame las llaves y ya verás...!

—¿Me permite que vaya yo, señor Newford? —se ofreció Nelson Sinclair—. Entiendo bastante de estas cosas.

Newford soltó un gruñido, y volvió a sentarse. Angeline siguió con la mirada a Sinclair y a Debbie, la cual, en la cabina, se había puesto el uniforme, y de nuevo el chaquetón. Newford no cesaba de refunfuñar. Angeline le dirigió una amable sonrisa.

—Será mejor que se lo tome con calma, señor Newford. Ya verá como dentro de unos minutos todo estará arreglado, no sólo por la habilidad del señor Sinclair, sino de la propia Debbie... La pobre muchacha está muy nerviosa, compréndalo. Pero es muy eficiente. ¿Hace mucho que está con ustedes?

—Cuatro meses y pico —farfulló Newford—. Sí, es cierto, siempre ha sido muy eficaz.

—¿Cómo se las arregla usted para encontrar chicas que además de bonitas sean eficaces?

—Con suerte —empezó a sonreír, aunque de mala gana. Stuart Newford—. En el caso de Debbie, por casualidad, además. Pasó algo divertido, cuando nos conocimos...

Angeline escuchaba la anécdota con la que Newford pretendía relajar la tensión de todos, empezando por la suya propia. Es decir. Angeline oía las palabras de Newford, pero no escuchaba la anécdota. No le importaba. Sabía, en el fondo, que aquella divertida manera de conocer a Debbie no había sido estrictamente casual, ni mucho menos, sino provocada por la muchacha.

¿Se estaría tomando realmente una... bruja vidente, una adivinadora de pensamientos? Porque esto era lo que, con una nitidez que la maravillaba, estaba pensando Angelines Roberts: Debbie y Sinclair se conocían de antes, y habían decidido apoderarse de la droga *Superlife;* cada uno trabajaba por su lado, Sinclair con Ira, y la bella pelirroja con Newford. Con lógica, el que había tenido la oportunidad de conseguir la droga (la droga, no la fórmula) había sido Nelson Sinclair, que ahora, teniendo encima la dosis robada, no se sentía seguro, y quería traspasársela a Debbie, para que se la llevara de allí. Por lo tanto, lo del fallo del encendido era una mentira de Debbie para facilitar el acercamiento en privado de Sinclair: ahora en la cabina de mandos del yate. Sinclair le estaba entregando la dosis robada a la muchacha: luego, bajarían ambos, dirían que ya estaba la avería arreglada, que había sido una tontería sin importancia..., y la preciosa Debbie estaría impaciente por llegar a Juneau > desaparecer con la dosis, que a su tiempo sería analizada y por tanto descubierta la *Superlife* por otras personas que la utilizarían para... ¿Para qué?

Interesante pregunta.

Pero no importaba tener o no la respuesta, porque lo que decidió Angeline fue lo siguiente: en cuanto Sinclair y Debbie regresaran y dijeran que la avería estaba reparada, querría decir que ya la droga estaba en poder de la muchacha, que la tenía encima. así que se la quitaría, sabrían la verdad. Ira podría interrogar a Sinclair sobre lo que había añadido a la *Superlife* en sustitución de la droga robada, y las cosas todavía podrían arreglarse..., seguramente. Sí, eso iba a hacer: le quitaría la dosis a Debbie, a las buenas o a las malas.

Tan claras tenía Angeline las ideas sobre esto que por eso fue la más sorprendida cuando Sinclair *y* Debbie reaparecieron en el salón, diciendo el primero:

—No sé qué pasa... No hay manera de conseguir el encendido. Lo siento.

Angeline quedó estupefacta. ¿No era cosa de ellos? Entonces, ¿no

tenía Sinclair la dosis robada, rio la tenía ahora Debbie? ¿Qué era lo que había fallado en sus lúcidos pensamientos?

—Tendré que encargarme yo de eso —dijo Newford, irritado, pero más calmado— Veréis cómo se hacen las cosas: dentro de unos segundos todo estará en marcha ...

Casi media hora más tarde, los motores seguían en silencio. Ira Vanderlyn y Angeline intentaron ayudar a Newford a encontrar la avería, pero no era posible, y Angeline ya sabía por qué: alguien que entendía mucho más que ellos de motores y todo el conjunto eléctrico y mecánico del yate había provocado una avería. El yate no se marcharía hasta que esa persona quisiera.

—¿Entiende de motores Verde? —preguntó de pronto Angeline a Vanderlyn.

—Claro. Todos los auxiliares tienen varias habilidades, este... campamento tiene que estar siempre en perfecto funcionamiento.

—Lo que no ocurre con mi yate, está claro —graznó NewFord, cuya irritación era terrible—. Si insistimos en eso de llevar a las chicas a Juneau, podríamos utilizar el helicóptero... Pero no las vamos a llevar a ellas a Juneau... ¡Se me acaba de ocurrir una idea mucho mejor, profesor! ¡Seremos nosotros quienes iremos a buscar a un médico discreto, lo traeremos aquí, y cuando Diana y Katy estén fuera de todo peligro, lo llevaremos de nuevo a la costa... ¿Qué le parece?

—A mí me parece formidable —asintió Vanderlyn.
—No podrá ser —murmuró Angeline.
—¿No? ¿Por qué?
—Porque el helicóptero tampoco va a funcionar.
—¡Vaya! —exclamó Newford—. ¿Y eso por qué?
—Porque todas las cosas tienen una lógica, señor Newford.
—Espero que se equivoque.
Pero, como venía sucediendo en las últimas horas (salvo el asunto Debbie-Sinclair), la señorita Roberts no se equivocó. No sólo no hubo modo de poner en marcha el helicóptero, sino que pudieron comprobar, asombrados, que la radio había sido destrozada.
—¡Está bien! —rugió Newford—. ¡Pues llamaremos por la radio del yate a Juneau, pidiendo un médico!
Angeline dejó de contemplar la destrozada radio del aparato, y movió negativamente la cabeza.
—Señor Newford, la radio de su yate tampoco va a funcionar.
—¡Ya lo creo que sí!
—No.
—Tenemos más cerca la del barracón —dijo Ira Vanderlyn—. Desde ahí mismo podemos...
—¿No lo entienden? —susurró Angeline—. No funcionará ninguna radio, ni ningún vehículo. Es muy simple: nos han dejado aquí sin medio de comunicación alguno.
—¿Pero por qué? —clamó Newford.
—Puedo decirle quién: Verde. Y creo que también puedo decirle por qué: porque quiere tener cerca todas las hermosas mujeres que usted tiene en el yate.
—¿De veras? Pues les voy a decir una cosa: si alguno de sus hombres se acerca a mi yate de nuevo, mucho me temo que lo voy a confundir con un tiburón... ¿Me entiende, Vanderlyn?
—Sí, señor. Pero creo que las cosas podrán arreglarse sin más contratiempos. En el barracón están los demás auxiliares, y cada uno de ellos es capaz de reparar una radio y unos motores sin dificultades.
—Siempre y cuando tengan las piezas necesarias —dijo Angeline.
—¡Oh, vamos, ya está bien! —explotó Newford—. ¡Me estoy muriendo de frío aquí! Vamos a buscar a sus hombres, profesor, y que se dediquen inmediatamente a todas estas reparaciones. ¡Y que Verde tenga mucho cuidado conmigo!
Saltaron los tres del helicóptero. El viento helado del mar pareció penetrar en sus cuerpos como en una atroz cuchillada. Angeline lanzó una exclamación de disgusto, y se subió el cuello de su blanco abrigo de pieles. El viento gimió lúgubremente. Caminaban los tres encogidos, ofreciendo la mínima superficie al viento helado. El yate

quedaba a la derecha de ellos, y Angeline pensó que parecía un pequeño iceberg, un diminuto témpano flotante incrustado en la negrura de la noche.

La radio del barracón no funcionaba.

Newford y Vanderlyn cambiaron una mirada, y acto seguido, instintivamente, miraron a Angeline, pero ella derrumbó toda la esperanza que pudiera quedarles.

—No sólo la del yate tampoco funcionará, sino que no vamos a encontrar ninguna pieza de repuesto —aseguró.

—Pero algo tenemos que hacer —jadeó Newford.

La bella rubia estuvo reflexionando unos segundos antes de murmurar:

—Tal como me parece que está la situación, temo mucho que sólo podemos hacer una cosa: esperar a que cesen los efectos de la droga..., si es que cesan.

—¡Tienen que cesar! —exclamó Ira Vanderlyn—. ¡Su duración es limitada!

—No me he expresado bien —esbozó una sonrisa Angeline—. He querido decir que no sé cómo cesarán esos efectos, es decir, que no sabemos qué nuevas cosas se le ocurrirán a Verde. Vamos a la despensa.

La siguieron dócilmente. En la despensa encontraron a los cinco auxiliares tendidos en el suelo, todos sin sentido, con rastros en sus cuerpos y en el suelo de las consecuencias de una gula insaciable. El espectáculo era repugnante y aterrador. Ira Vanderlyn emitió un sollozo, y se apoyó en la pared. Newford parecía a punto de desmayarse de puro asco.

—Vamos a llevarlos a sus dormitorios —dijo Angeline.

Se inclinó, alzó a uno de ellos, y se lo cargó en un hombro, como si tal cosa. Stuart Newford se quedó mirándola estupefacto, sin dar crédito a sus ojos. Angeline se limitó a hacer una mueca, y salió de la despensa cargada con el auxiliar. Regresó a los pocos segundos, cuando Vanderlyn y Newford cargaban con otro hombre sosteniéndolo entre los dos por las axilas y los tobillos. Se cargó a otro auxiliar en el hombro, y los adelantó. Todavía llevó otro hombre antes de que Newford y Vanderlyn lo hicieron con su segundo.

—¿Qué pasaría si también les inyectáramos un sedante? —preguntó Angeline, mirando a Vanderlyn.

—No sé... ¡No me atrevo! Ignoro cuál podría ser la reacción del sedante al mezclarse con los efectos de la *Superlife*... ¡No me atrevo!

—Lo comprendo —admitió Angeline: miró a Newford—. ¿Su puntería es buena con esos rifles para tiburones, señor Newford?

—Bueno... No lo hago mal.

—Entonces, escuche bien lo que tiene que hacer. Regresará al

yate, se asegurarán todos de que Verde no está a bordo. y entonces enviará usted aquí a los ayudantes de Ira. Los demás permanecerán en el yate, y usted, rifle en mano, vigilará desde cubierta que Verde no intente de nuevo subir a bordo. Y no se descuiden. Si es necesario vayan turnándose en la vigilancia.

—¿Y si aparece ese hombre... y quiere subir a bordo?

—Dispárenle. Pero no a matar. Por eso le he preguntado qué tal puntería tiene: bastará que le dispare a una pierna, y, como máximo, a las dos. Con eso, lo habremos dominado. ¿Lo ha entendido?

—Si... Naturalmente.

—Pues vaya a hacerlo. Dígale a los ayudantes de Ira que regresen: los vamos a necesitar a todos aquí para controlar a estos cinco hombres.

—Tengo dos rifles —le recordó Newford—. ¿Quiere que les envíe uno con los ayudantes?

—No es ninguna mala idea —asintió Angeline.

—Bueno, quizá todo se solucione rápidamente si la radio del yate funciona —titubeó Newford.

—No funcionará.

Stuart Newford salió del dormitorio. Angeline miró afablemente a Vanderlyn.

—Tú tendrás a tu alcance en todo momento el rifle que nos traerán ahora. Ira. No quiero que le ocurra nada.

—Debería ocurrirme algo —se estremeció Vanderlyn—. ¡Soy el causante de todo esto!

—No. Tú no eres el causante. Ni siquiera tu droga, pues bien claro está que sin alteraciones funciona magníficamente. El causante es Nelson Sinclair. Me ha desconcertado que no reparasen la avería, pero ya tengo la solución: todo lo que pensé de ellos es cierto, salvo que hayan sido ellos quienes hayan provocado estas averías... que no les interesan en modo alguno. Si por ellos fuese. Debbie ya estaría alejándose de aquí con la muestra de *Superlife* que Sinclair te robó.

—¿Estás segura de que fue él? ¿Cómo puedes estarlo?

—Bueno, ya de normal soy una jovencita inteligente, querido Ira —sonrió amablemente Angeline—, pero jamás he experimentado como ahora una euforia mental de esta categoría. Ni una fuerza física semejante. Filos tienen la dosis, eso es todo

—¡Entonces vamos ahora mismo a quitársela ...!

—Cálmate. No compliquemos las cosas. Vamos a esperar a tener un rifle, para tu seguridad, y veamos si podemos controlar a Verde. Eso es lo primero... ¡Me gustaría saber dónde está ahora y qué nueva barbaridad está tramando!

* * *

Stuart Newford estaba ya cerca de las rocas donde habían dejado la barca cuando apareció aquella figura ante él, tan de pronto que lo sobresaltó. Con el respingo tragó una helada bocanada de aire. Luego, de su boca brotó una densa columna de vapor al exclamar:

—¡De modo que está usted aquí! ¡Y todavía desnudo! ¡Debe estar loco para...!

Ya no dijo nada más.

Quedó mudo de espanto.

Aquel ser que inmediatamente había supuesto que era Verde se acercaba a él. Las facciones de su rostro quedaron un instante visibles cuando Verde miró a derecha e izquierda, como queriendo asegurarse de que no había nadie más por allí. Y aquellas facciones, vistas al leve resplandor de las luces del yate, fueron lo que causaron el espanto en Stuart Newford.

Un espanto tal que no sólo quedó mudo, sino inmóvil. Tuvo la sensación de que todo el frío del mundo penetraba en su cuerpo, de que su sangre se congelaba.

Le pareció, como algo monstruoso, que Verde sonreía al mismo tiempo que tendía sus garras hacia él. No, no era que hubiera sonreído: sólo había mostrado sus colmillos en una mueca feroz. El agarrotamiento era total en el cuerpo y en la mente de Stuart Newford cuando una de las garras enormes llegó a su garganta. No había en su cuerpo reacción alguna. El terror era tal que ni siquiera notó el intenso frío de la garra en su cuello.

Tampoco notó la presión.

Sólo veía, ante él, aquel... rostro horroroso...

Por un instante, todavía la mente de Stuart Newford reaccionó, todavía funcionó su inteligencia, o quizá su instinto de conservación, al querer llamar a Angeline Roberts. En aquel instante, Newford intuyó que sólo la rubia y hermosa muchacha podría haberle ayudado...

Pero Angeline no estaba allí.

CAPITULO VI

Angeline miró su relojito de pulsera, y murmuró:

—Están tardando demasiado. Espero que no estén buscando los rifles..., porque si no están donde Newford acostumbra a tenerlos significará que no valdrá la pena molestarse en buscarlos.

—¿Crees que también los tiene Verde?

—No sé. Podría ser. Indudablemente, sus instintos se han desatado, pero eso no significa que haya dejado de funcionarle su inteligencia. Incluso es posible que...

No dijo más, pero Vanderlyn interpretó el resto.

—Quieres decir que incluso es posible que una cosa no priva de la otra, y que su inteligencia, como la tuya, se haya agudizado... ¿No es eso?

—Sí. Será mejor que vayamos al yate, a ver por qué no regresan tus auxiliares. Y nada de mirar con hostilidad a Sinclair. El no debe sospechar que sabemos la verdad. Ni Debbie tampoco.

Salieron del chato edificio. Todo parecía igual. El yate seguía meciéndose al impulso de la gélida brisa, esparciendo aquel leve resplandor a su alrededor. Caminaron hacia la costa. Cuando llegaron adonde antes habían dejado la barca ellos dos y Newford, vieron la barca Vanderlyn se quedó mirándola atónito, pero Angeline se volvió inmediatamente hacia el centro del islote, y alzó un puño, apretado fuertemente.

—¡No se acerque. Verde, o le mataré a golpes! —gritó.

—Pe pero... ¿qué? —jadeó Vanderlyn.
—¡Sube a la barca, pronto! ¡Sube!
Vanderlyn saltó a la pequeña embarcación, y Angeline lo hizo acto seguido. Empuñó los reinos, y los utilizó con una energía y habilidad que de nuevo pasmaron al profesor, que sólo reaccionó cuando la barca quedó junto a la escalerilla.
—¿Has.... has visto a Verde? —preguntó.
—No. Pero sé que está ahí. El es quien ha impedido que Newford regresara al yate.
—¿Quieres decir que Verde tiene a Newford?
—Sí.
—¡Pero entonces debemos ir a...!
—Es inútil. Lo ha matado. Subamos.
Subió con una agilidad verdaderamente felina, sin un solo gesto superfluo, sin un solo fallo ni vacilación. Vanderlyn accedió tras ella a la cubierta.
—¿Cómo sabes que lo ha matado? —casi gritó.
—Lo sé. Y espero que no haya vuelto a nado al yate. Vamos con los demás.
En el salón del yate no había novedad, y Angeline suspiró aliviada. Allá estaban todos, excepto Newford, desde luego: Debbie. Sinclair. Parker. Merrill, Forrester y Warner y las tres secretarias Celia, Elinor y Gloria, y las tres esposas. La pregunta de una de ellas fue lógica:
—¿Dónde está Stuart?
—Está intentando reparar la radio del barracón, señora Newford —mintió con plena conciencia Angeline—. Creo que nosotros deberíamos echar un vistazo a la del yate. ¿Dónde guardan los rifles, señor Forrester?
Grant Forrester se acercó a lo que parecía un cuadro de gruesa moldura, y que resultó ser un armarito. Lo abrió separando en dos la pintura sobre madera.... y se volvió desconcertado hacia la muchacha.
—No están —murmuró.
—Ya lo veo.
—¿Que está pasando? —murmuró Philip Warner.
—Nada que deba preocuparnos. Voy a echar un vistazo a la radio...
—No funciona —dijo Debbie.
Angeline se quedó mirándola atentamente, sin un solo gesto hostil, ni tan siquiera desconfiado.
—¿Está segura? ¿Lo ha comprobado?
—No funciona. Estoy segura.
Angeline asintió. Grant Forrester, todavía frente al armarito-armero, gruñó:
—Exijo saber qué está pasando, señorita Roberts.

—Muy bien, ¿quiere saberlo? Pues se lo diré: está pasando que no funciona el yate, ni el helicóptero, ni las radios de ambos, ni la del barracón, y que no tenemos ningún arma. Todo ello significa, en resumen, que estamos completamente aislados en este lugar, sin posibilidad alguna de comunicación con nadie ni de alejarnos. Eso es lo que está pasando, señor Forrester.

—Pero... ¿qué significa?

—Significa que hasta que amanezca no podremos hacer señales visuales a cualquier embarcación que pase cerca del islote, para pedir ayuda y que hasta entonces...

—Podríamos encender fuego ahora. Hay algunos abetos en la isla, y si los quemamos...

—Señor Forrester, la situación en esta isla, debido a la *Superlife.* no es... normal. Si encendemos fuego esta noche, seguramente sería divisado desde Gustavus, suponiendo que a esta hora de la madrugada haya alguien dedicado a tomar el fresco y mirando hacia aquí. Pero una llamada tan... urgente, atraería posiblemente a las autoridades, querían revisar el yate, y verían a esas dos muchachas en ese estado. ¿Les gustaría a ustedes dar explicaciones al respecto?

—No.

—Entonces, haremos una llamada tranquila y normal de petición de ayuda a una embarcación privada que pase cerca del islote por la mañana. Mientras tanto, usted, el señor Warner, y las mujeres, permanecerán en el yate, todos juntos, aquí, en el salón. No se separen, ni se les ocurra salir del barco por cualquier medio.

—¿Quién cree ser usted para damos órdenes? —farfulló Forrester.

—¿Prefiere darlas usted? —sonrió Angeline—. Adelante, le escuchamos.

Grant Forrester se pasó la lengua por los labios. Miró a Vanderlyn. pero era perder el tiempo: nadie mejor que Ira Vanderlyn sabía que en aquel momento la única persona capacitada para tomar el mando de la situación era la encantadora Angeline Roberts.

—Si no tiene usted nada que decir, señor Forrester —dijo Angeline —, sugiero que se haga lo que yo he dicho.

—Está bien.

—No se muevan de aquí —insistió Angeline—. Ustedes tres, regresen con Ira y conmigo.

En dos viajes, Vanderlyn, Angeline y los tres ayudantes estuvieron de nuevo en el islote. La barca quedó en tierra firme, arrastrada por los cuatro hombres mientras Angeline miraba hacia el interior del islote. Hasta entonces, el aire había mantenido limpio el cielo, pero ahora era mucho más lento, y como mojado. Ya no se veían estrellas, ni podía verse por tanto, a su resplandor, el helicóptero.

Efectivamente. la primera nevada se iba acercando.

—Espérenme en la casa —dijo Angeline—. Voy a arrancar la radio del helicóptero, por si alguna de sus piezas pudiera servirnos para reparar la otra.

—Te acompaño —dijo Vanderlyn.

—No. No.

Echó a andar hacia el cobertizo donde estaba el helicóptero. Cuando se volvió a mirar. Vanderlyn y sus tres ayudantes se dirigían directos a la construcción, el primero un poco más retrasado, vacilante, mirándola. Se desentendió de él, y continuó acercándose al helicóptero.

Segundos después se encaramaba al aparato, y procedía a su intento de arrancar la radio. Se detuvo de pronto. Ya no silbaba el viento. El silencio era total. El mar parecía haberse espesado, debía estar aquietándose.

Angeline sintió un lento escalofrío recorriendo desde la nuca a los pies todo su cuerpo. Su altísima sensibilidad, que parecía ir en aumento, percibió, de pronto, como un impacto de furia, do odio.

—¿Verde? —llamó.

Silencio.

Angeline tragó saliva.

—Sé que está por aquí —dijo. Sé que me está mirando. Acérquese, vamos a hablar.

Silencio absoluto.

—Está usted en dificultades, Verde —siguió la muchacha—. Créame, lo mejor que puede hacer venir conmigo a que lo examine el profesor Vanderlyn. ¿De acuerdo?

No recibió respuesta alguna. Pero continuaba sintiendo en su cuerpo la mirada fija y ardiente, la mirada de furia y odio. Era una espeluznante sensación, jamás antes experimentada. Angeline esperó unos segundos, en vano. Luego, terminó de arrancar la radio del helicóptero, y saltó de éste con las piezas en una mano. Fuera del cobertizo abierto a todos lados, comenzaron a caer los primeros copos de nieve, pequeños, lentos, como diminutas mariposas blancas visibles a contraluz del yate.

—No le tengo miedo, se lo advierto —dijo Angeline—. Si me ataca, no tendré más remedio que matarlo. Puedo hacer lo. Verde, se lo aseguro. Acérquese pacíficamente, y el profesor Vanderlyn le ayudará. ¿Verde?

Silencio.

Angeline salió de bajo el techado, y se dirigió hacia la construcción de ladrillo. Se sintió de pronto como envuelta en una espiral de odio que comenzaba en sus pies, la envolvía, subía por todo su cuerpo, estallaba en su cabeza. Era una sensación insoportable, horrible.

Había en Angeline Roberts el impulso de dejar caer la radio y echar a correr, pero, al mismo tiempo, un valor más sobrecogedor que el miedo la mantenía tranquila y segura. Era una doble sensación que parecía quemarle el estómago.

—No tiene los rifles, ¿verdad? —dijo—. Sé lo que hizo con ellos: los tiró al mar. Eso significa que todos estamos desarmados... Y si no me ataca, es porque me tiene miedo. ¿No es así, Verde?

Algo como un lamento, como un sollozo, llegó a la mente de Angeline. No a sus oídos: a su mente. Un lamento de miedo envuelto en odio. Angeline aspiró profundamente. Supo con toda certeza que Verde le tenía miedo a ella. A ella solamente. ¿Por qué?

—Se va a morir de frío si se queda el resto de la noche desnudo por aquí fuera —siguió hablando Angeline—. Hemos encontrado sus ropas, sabemos que está desnudo. Y que está en dificultades. Vamos. Verde, acérquese... ¡Quiero ayudarle!

De nuevo el lamento mental, el gemido, el sollozo. La nieve iba cayendo lentamente, como flotando, cada vez más espesa. Angeline ya no esperó más. Se dirigió hacia el barracón, caminando despacio. Y de pronto, se dio cuenta de un hecho que la sorprendió muchísimo: no tenía ni pizca de frío. Siempre había sido friolera, detestaba los climas alejados de los trópicos. Y ahora, en un lugar frío, y nevando, no tenía frío en absoluto. Y sentía una energía inaudita. Y deseos de utilizarla.

Echó a correr hacia la casa, a una velocidad increíble, hasta el punto de que tuvo que desviar precipitadamente la marcha para no estrellarse contra la pared. Siguió corriendo, dio la vuelta, y emprendió el regreso, a grandes saltos, a zancadas increíbles de más de cinco metros. Era como si sus piernas fuesen resortes de acero; como si su corazón fuese una máquina.

Cuando se detuvo ante la puerta, ni siquiera jadeaba.

«Esto es inhumano», pensó.

Entró. Lo primero que hizo fue mirar en |os dormitorios donde habían sido colocados Blanco, Negro, Rojo. Azul y Amarillo. Los cinco estaban durmiendo, de un modo intranquilo, agitado. En sus facciones había violentas crispaciones. En todos ocurría lo mismo.

Se reunió con Vanderlyn y sus ayudantes en el laboratorio. Sonrió cuando Vanderlyn lanzó un suspiro de alivio.

—Verde está rondando por ahí fuera —dijo—. Será mejor que vayamos todos con cuidado: tiene miedo, pero al mismo tiempo siente un odio atroz.

—¿Ha hablado usted con él? —exclamó Merrill.

—No. Simplemente, lo he percibido todo.

—¿Cómo, que lo ha *percibido?*

—Gracias a la *Superlife.* Ira me administró una dosis cuando

llegué... ¡Ya deberían haberlo comprendido, teniendo en cuenta mi actuación!

—Pero.... pero usted... no está reaccionando como.... como los demás... —tartamudeó Parker.

—Porque la dosis que me fue inoculada a mi estaba en perfectas condiciones. Quiero decir que era la *Superlife* genuina, ya que Ira la retiró del recipiente antes de que el señor Sinclair robase una dosis y añadiera no sé qué para que el nivel de la droga no fuese diferente.

—¿Qué demonios está diciendo? —graznó Merrill.

—Ya me han entendido. Señor Sinclair, sería una estupidez que lo negara. Incluso sé que Debbie y usted están de acuerdo. ¿Tiene ella la dosis que usted robó?

Parker y Merrill, que miraban incrédulamente a Sinclair, lanzaron sendas exclamaciones cuando éste murmuró:

—Si..; La tiene ya ella.

—Maldito sea —jadeó Parker—. ¡Lo hizo! ¡Traicionó la confianza de Vanderlyn! ¿Cómo podríamos reprocharle ahora que haya desconfiado de todos nosotros, de los tres? ¡Usted le ha dado la razón, maldita sea...!

—Tranquilícese, señor Merrill dijo Angeline—. Lo único que debe preocuparnos ahora es qué podemos hacer por los auxiliares, que debido a esa adulteración de la *Superlife* están en unas condiciones anormales de vida. Y no precisamente buenas, como parece ocurrirme a mí.

—¡Hemos estado trabajando todos como bestias! —gritó Merrill—. ¡Y ahora nos sale este canalla diciendo que...! Vanderlyn, lo siento. Estaba muy ofendido con usted por desconfiar de nosotros, pero ya veo que tenía sus motivos.

—De buena gana le partiría lacabeza, Sinclair —gruñó Parker.

—Vamos a calmarnos todos —insistió Angeline—. Pero aclaremos lo del robo, señor Sinclair. ¿Cómo se pusieron de acuerdo usted y Debbie, y que pretenden exactamente?

—Bueno... Ella fue quien se las arregló primero para entrar a formar parte de... del personal del yate de Newford. Una de las veces que nos vimos, me dijo que sabía lo que el profesor Vanderlyn estaba preparando, y me propuso robar la *Superlife.* Yo estaba muy disgustado porque.... porque sólo soy .un científico mediocre, sentía envidia de Vanderlyn...

—¿Debbie le ofreció dinero?

—No. No exactamente. Me dijo que si conseguía la *Superlife* podría irme con ella a otro lugar donde nadie tendría inconveniente en que yo fuese admitido como su descubridor. Tendría... todo Jo que necesitase para dedicarme por mi cuenta a cualesquiera, investigaciones que quisiera emprender. Quedamos de acuerdo. Ella me dijo que cuando Vanderlyn hubiese terminado su trabajo. Newford vendría, y ella con él. y que entonces, yo debía tener preparada la fórmula de la *Superlife,* para entregársela y marcharme con ella. Pero como no pude, conseguir la fórmula completa, pues... robé una dosis.

—¿Le dijo adónde iría usted con ella?

—No.

—¿Pero entendió usted sí sería fuera de Estados Unidos?

—Creo que sí... Si, eso sí.

—¡Hay que quitarle la dosis a ésa...! —jadeó Merrill.

—No se irá de aquí con ella. Lo máximo que podría hacer es inyectársela, pero eso sería tanto como perderla. No, no se la inyectará: querrá sacarla de aquí, querrá entregarla a alguien... ¿No sabe eso tampoco, Sinclair?

—No.

—O sea, que no sabe usted nada..., salvo que sentía envidia y rencor hacia Ira, y que quería robarle su trabajo y vivir con el prestigio de haber sido el creador de la *Superlife.* Yo le voy a hacer algunas aclaraciones, Sinclair... Una: para que
Vanderlyn no pudiera a su vez volver a preparar la *Superlife,* lo habría matado. Dos: en cuanto usted hubiera dejado de ser útil, lo habrían matado. Tres: los propósitos de esa gente, sean quienes sean, no encierran nada bueno para el uso de la *Superlife.* Cuatro: el profesor Vanderlyn va a destruir ahora mismo la fórmula del *Superlife.* ¿Todo entendido?

Ira Vanderlyn, que, como los demás, había palidecido, jadeó:

—¡Destruir mi fórmula! ¡Angeline, no puedes pedirme eso! ¡He estado trabajando durante...!

—Ira: en estos momentos, mi inteligencia está muy por encima de

las vuestras. Por los motivos que sean, así es. Puedo correr a setenta kilómetros por hora, puedo dar zancadas de más de cinco metros... Puedo adivinar vuestros pensamientos, percibir vuestras presencias, captar vuestras emociones... Tengo sobre todos vosotros una ventaja tal, que estoy asustada. Si ahora mismo quisiera atacaros, podría con los cuatro. Puedo hacer tantas cosas por encima de vuestras posibilidades y de las mías naturales que... me siento aterrada. Y otra cosa: ¿qué me ocurrirá cuando los efectos cesen?

—Ya te dije que nada. Yo mismo lo experimenté, no ocurre nada. Sé lo que sientes, cómo piensas..., ¡pero no podemos privar a la humanidad de la *Superlife!*

—Si entiendo bien..., ¿pretendes que la humanidad viva a partir de ahora supeditada a los efectos de la *Superlife?* ¿Toda la vida sometidos todos a los: efectos de esa droga?

—Bueno... No tendríamos por qué estar siempre bajo sus efectos...

—¿No? Vamos a admitir que tú, yo y tus ayudantes seamos lo bastante sensatos para conformarnos con la... euforia de la droga de cuando en cuando. ¿Crees que todo el mundo sería igual de sensato? ¿Crees que sólo utilizarían la droga en circunstancias excepcionales? Después de haber experimentado sus efectos, la mayor parte de la población mundial querría estar siempre en posesión de esas facultades extraordinarias. Es decir, que todos querrían estar siempre bajo los efectos de la *Superlife.*

—Bueno, pero... se podría ejercer un... un control...

—¿Un control? ¿Por parte de quién?

—Bueno, el Estado...

—¡No! —exclamó Angeline—. ¡No, nunca! ¡Los Estados ya ejercen suficiente poder sobre las personas! Pero ¿no comprendes que si un Estado, o varios, entrasen en posesión de ese control seria todo un caos? Ese Estado, o esos varios Estados, dispondrían de los medios de tener a su servicio superhombres drogados que todavía tiranizarían más a las gentes corrientes. ¿Qué me dices de un Estado que decidiera organizar un ejército de hombres inyectados con la *Superlife?* ¡Pon esa droga en manas del Pentágono, por ejemplo, y dentro de una semana Estados Unidos tendrá, ya sin duda alguna, el superejército más superpoderoso del planeta Tierra! ¿Qué crees que harían entonces los señores del Pentágono con ese superpoderoso superejército?

—Pu-pues... Bien, yo...

—Supongamos que Debbie está trabajando para un servicio de espionaje: los rusos, las chinos, los cubanos... ¡lo mismo da! Y supongamos que consigue entregarles la dosis de *Superlife* para que sea analizada y luego fabricada en gran cantidad para sus hombres... ¿Te das cuenta de lo que eso significaría? Pero aún más...

Supongamos que Debbie pertenece a un grupo de... canallas corrientes y vulgares, ladrones de secretos industriales, criminales, escoria de la humanidad que vive a costa de ésta con sus crímenes... Imagínate una banda de delincuentes comunes, con instintos criminales, en poder de la droga. ¿Qué crees que pasaría?

—Bueno...

—¡Lo dominarían todo! Podrían seleccionar los más adecuados de entre ellos para ocupara los puestas claves del país, podrían superar a todas las Fuerzas de la Ley y el Orden, al Ejército... Por el amor de Dios, ¿cómo se te ocurrió inventar esta *porquería?*

Ira Vanderlyn se dejó caer en una silla, y se pasó una mano por la frente. Sus tres ayudantes miraban fascinados y sobrecogidos a Angeline. La magnitud de las posibilidades de la *Superlife.* tras las exposiciones hechas por la muchacha, les parecían ahora sencillamente siniestras, porque, lentamente, comprendía las dos únicas alternativas, a cual peor. Una: toda la humanidad deberla estar *siempre* bajo el influjo de la droga. Dos: si no era así, si sólo una parte de la humanidad poseía la droga, el resto estaría a su merced en circunstancias todavía peores que las actuales

—Santo cielo —jadeó Merrill.

—Deberíamos... quitarle esa dosis a Debbie cuanto antes —machacó Parker.

—Yo me encargaré de eso —dijo Angeline—. Ahora, lo que tenemos que hacer es destruir esa fórmula. ¿Ira?

—Si —murmuró éste—; lo haré. La destruiré.

—Quizá sea precipitado hacerlo... —titubeó Parker.

—¿Precipitado?

—No olvidemos... que también puede presentar facetas buenas, señorita Roberts.

—¿Cómo la energía atómica? —preguntó sarcástica la bella rubia.

Los cuatro hombres se quedaron mirándola aturdidos. Les parecía ahora que la frente de Angeline era más amplia, sus ojos más grandes y más inteligente, su cuerpo más fuerte... ¿Podía ser? ¿Podía ocasionar la *Superlife* incluso una transformación física? ¿O era todo fruto de su imaginación?

* * *

No muy lejos de allí, en el exterior, bajo uno de los abetos. protegido de la nieve, un ser gruñía sordamente mientras con sus garras arrancaba pedazos de carne de otro ser y procedía a comer con voraz apetito.

CAPITULO VII

Angeline desistió, por fin.

—Es inútil —dijo, moviendo la cabeza—. Ni siquiera yo puedo arreglar esto, sin las piezas que faltan.

—Quizá uno de los auxiliares pueda hacerlo —deslizó tímidamente Merrill.

—No creo. Tengamos en cuenta que quien lo ha estropeado y saqueado todo ha sido uno de ellos. Verde, que sabe tanto como los demás. Su trabajo de inutilización ha sido perfecto. Seguramente, las piezas que faltan están en el mar. como los rifles. ¿Qué me dicen de la posibilidad de llegar remando desde el islote a Gustavus?

—Olvídalo —dijo Vanderlyn.

—Entonces, no tendremos más remedio que esperar a que sea completamente de día y pase cerca de la isla alguna embarcación. O eso. o ir en busca de Verde, para pedirle las piezas, si no las ha tirado al mar o destruido.

—No perdemos nada pidiendo a los auxiliares que hagan un último intento —insistió Merril.

—De acuerdo. Vea si están despiertos, y pídales que vengan.

Merrill asintió, y salió hacia los dormitorios ocupados por los auxiliares. Reapareció pocos segundos después, lívido.

—No están —dijo.

—¿Qué? —exclamó Vanderlyn.

—¿Ha mirado en la despensa? —preguntó Angeline.

—No... No.

—Deben estar allí. Yo iré a buscarlos.

No estaban en la despensa, que aparecía vacía. Tras Angeline apareció Ira Vanderlyn. Ella lo miró, y susurró:

—Están en el yate... He estado tan abstraída este tiempo con la radio que los aparté de mi mente. Y ellos han ido al yate.

—¿A buscar comida?

—No sé. Supongo que sí —Angeline se estremeció—. Quiero suponer que si.

—Acabarán con ella en seguida Vamos a buscarlos e intentaremos convencerlos para que...

—No. Vosotros quedaros aquí. Y mantened la puerta cerrada con llave. Pase lo que pase, no abráis.

—¡No quiero dejarte ir sola a buscarlos!

—Aún no lo has entendido sonrió desganadamente Angeline—, no me harán nada a mi. Me temen. No sé por qué, pero me temen. Sin embargo, no creo que teman a nadie más, de modo que iré sola al yate.

—No pienso dejarte sola de nuevo —gruñó Vanderlyn—. Pase lo que pase, no me separaré más de ti. Por mi culpa estás metida en esto, de modo que iremos juntas hasta el final..., sea cual sea éste.

—Está bien. Vamos a decirles a los demás que se encierren de nuevo con llave cuando hayamos salido, y veamos si podemos arreglar las cosas en el yate.

—¡No podremos subir al yate! —exclamó de pronto Vanderlyn—. ¡La barca debe estar fuera de nuestro alcance!

—Solucionaremos eso —aseguró Angeline.

Efectivamente, cuando llegaron a la cercana costa, tras recorrer la distancia con no poca dificultad debido a la capa de nieve calda en la madrugada, la barca no estaba allí, sino junto al yate, que parecía un montón de nata con azúcar. En la barca sólo se veía nieve en las bordas. Según el horario, era de día, pero la lobreguez de la mañana era sobrecogedora. Seguía nevando, pero no había la luminosidad de la nieve, sino una tonalidad grisácea henchida de frío. Por el ventanal del salón que daba a la cubierta a media altura se veía luz. Una luz amarillenta, que contribuía a dar a todo un colorido espectral.

—Voy a llamar para que alguien venga a... —empezó Ira.

—No. No me dejarían subir a bordo. Yo traeré la barca.

—Pero...

Angeline le hizo un gesto exigiendo silencio, y procedió a desnudarse, lo que hizo completamente. Ira Vanderlyn estaba mudo de asombro y de espanto. Se atragantó cuando Angeline, simplemente, se metió en el agua. La vio nadar rápida y en silencio hacia la barca, encaramarse a ella con un solo gesto, y regresar a la costa utilizando con habilidad un solo remo. Cuando saltó a tierra, chorreante su cuerpo y cubierto por algunos copos de nieve, sus tersas carnes vibraron con clástica fuerza, sus hermosos pechos brincaron, altos, sólidos. Se cubrió solamente con el blanco abrigo de pieles, y señaló la barca. Vanderlyn saltó a ésta, y de nuevo Angeline la condujo hacia el yate utilizando expertamente un solo remo.

Cuando estaban ya a punto de llegar al salón del yate, se detuvieron.

El silencio era... extraño. Vanderlyn se estremeció. De pronto, respingó, al oír un fortísimo sonido que tardó algunos segundos en identificar: un eructo. Para entonces, estaba oyendo otros sonidos que identificó más fácilmente: risas. Risotadas.

Angeline le precedió, fue la primera en entrar en el salón. Cuando Vanderlyn lo hizo tras ella, soltó un incontenible respingo: todos estaban completamente desnudos.

Amarillo, Blanco, Azul, Negro y Rojo estaban sentados en el suelo, comiendo vorazmente, riendo y eructando. Parecían cinco bestias desusadamente peludas, enormes. Acurrucados en un rincón estaban

Grant Forrester y Philip Warner con sus esposas. En otro rincón, la señora Newford. la tripulante Debbie, y las secretarias Gloria, Celia y Elinor. El espectáculo era... fascinante, alucinante. Y grotesco. Hubo exclamaciones al aparecer Angelines y Vanderlyn» y Amarillo y Azul se pusieron en pie de un salto, chorreantes de comida masticada sus bocas.

—¿Qué hace usted aquí? —tronó la voz de Amarillo, salpicando comida—. ¡Márchese!

Se dirigía obviamente, a Angeline. A Vanderlyn parecía que ni siquiera lo habían visto.

—Me iré en seguida —dijo suavemente Angeline—. Sólo quería asegurarme de que están ustedes bien.

—¡Estamos perfectamente!

—Me alegra oír eso. Y me gustaría que me escucharan unos minutos... Por favor. Es sobre la comida.

—¿Qué pasa con la comida?

—Se les va a terminar muy pronto. Nosotros estamos intentando reparar una de las radios, con el fin de pedir ayuda. Básicamente —se apresuró a aclarar—, comida. Hemos pensado que si alguno de ustedes quisiera ayudarnos, podríamos conseguir que la radio funcionase. Y tendríamos mucha comida.

—Ya tenemos comida —dijo Rojo—. Márchese. Usted, él no. Vaya a decirles a los otros tres que vengan al yate. ¡Pero usted no vuelva por aquí!

—Escuchen, entre todos debemos...

Blanco y Negro se deslizaron velozmente de rodillas hacia donde estaban la señora Newford y las cuatro muchachas, y blandieron ante ellas sendos cuchillos de cocina.

—¡Márchense, o las matamos ahora mismo! aulló Negro.

—Cálmense. Me voy. Me voy ahora mismo...

—¡Y dígales a los otros tres que vengan aquí! ¡Y al señor Newford!

—Si... Se lo diré a todos. Pero dígame, ¿para qué quieren tanta gente aquí? Cuantos más sean, a menos comida tocarán en el reparto.

Negro comenzó a reír y los demás le secundaron en seguida, siempre sin dejar de comer.
—Cuantos más seamos, más comida tendremos —dijo Amarillo—. De modo que dígales que vengan, o vamos a matar a todos éstos. ¡Eso es lo que vamos a hacer si no vienen los demás!
—De acuerdo. Pero quisiera hacerles comprender que esta situación no puede durar definitivamente. Tarde o temprano, ustedes tendrán que conseguir más comida, y entonces quizá ya no estemos a tiempo de conseguirla cuando la necesiten. Así que no comprendo qué pretenden quedándose aquí en el yate en lugar de ayudarme a reparar la radio. Tengo piezas que...
—¿No lo comprende? Pues se lo vamos a decir —masticó Amarillo —; lo que pretendemos es pasarlo bien, darle gusto a nuestros cuerpos. Tenernos hambre, así que comemos. También tenemos otros deseos que vamos a satisfacer muy pronto. Y sentimos odio hacia ustedes y todo lo que significan...
—¿Qué significamos?
—¡El podrido lujo que siempre les ha proporcionado todo cuanto han querido mientras nosotros no teníamos nada, y teníamos que servirles, en cambio, como perros fieles! ¡Pero eso terminó! ¡Ahora nos toca a nosotros darle gusto al cuerpo! ¿Lo han entendido ahora?
—Sí. Pero si reflexionan...
—¡Que se marche, le digo...! —aulló Negro, lanzando una feroz cuchillada.
Blanche Newford lanzó un alarido tremolante al recibir el impacto del cuchillo sobre el seno derecho, que brincó como bajo una descarga eléctrica. Acto seguido, la mujer se desmayó, mientras las demás sollozaban, y Vanderlyn, Forrester y Warner palidecían intensamente... Negro retiró el cuchillo del cuerpo de la señora Newford y rió al ver el borbotón de sangre que brotó del seno. Alzó de nuevo el brazo...
—No —pidió Angeline—. No, por favor. Me voy ahora. No hagan nada más.
Dio la vuelta y salió del salón, rápidamente. Cuando llegó a cubierta le pareció que acababa de salir de una tumba hedionda. Sí, hedía a comida devuelta. Y a miedo. Y sabía que si ella no actuaba con inteligencia, todas aquellas personas iban a morir. Y luego les esperaba a sus cuerpos un destino inesperado, atroz. Pero..., ¿qué podía hacer? Si tomaba cualquier clase de iniciativa, aquellos cinco hombres comenzarían a soltar cuchilladas a diestro y siniestro. No les importaría en absoluto matar, ya que de todos modos aquellas personas estaban destinadas al sacrificio y al... consumo. Y querían más. Querían a los tres ayudantes. A todos.
Angeline descendió a la barca y remó hacia la orilla. Tenía en su

maletín una pistolita, un juguete a la vista, pero que podía matar, lo sabía perfectamente. Mas, desde el primer momento, ella había sabido que la pistolita no le iba a servir de nada en aquella situación. Es decir, sí, podía matar a un hombre, quizá dos, o a tres como máximo..., mientras los otros, como enloquecidos, ya no titubearían en atacarla. Sería un ataque suicida de los cinco, y aunque muriesen tres, ella también moriría. Y entonces..., ¿qué sería de aquella gente en manos de los cinco... de los seis auxiliares drogados?

Porque eran seis, no cinco.

Faltaba Verde, que debía estar merodeando por la isla.

Angeline Roberts sintió que se le ponían los cabellos de punta cuando llegó a la puerta del barracón y la encontró abierta. Se quedó allí inmóvil, escuchando, pero no oyó nada dentro. La nieve caía sobre sus hombros y cabeza, lenta, solemne.

Estuvo tentada de llamar a los ayudantes de Ira Vanderlyn, pero optó por el silencio. Entró sigilosamente, y se dirigió a su cuarto, donde recogió, del maletín, la pequeña pistola que siempre llevaba consigo, en previsión a los muchos peligros latentes en una ciudad como Los Angeles. Había hecho bien en incluirla, en su equipaje. Aunque nunca la había usado...

Salió del dormitorio, recorrió el pasillo y fue al cuarto de las instalaciones eléctricas, donde había dejado a Sinclair. Merrill y Parker.

Solamente encontró a los dos primeros.

Los vio desde la puerta, y enseguida cerró los ojos. Pero la imagen permaneció en éstos, como impresionada a perpetuidad. Cerrar los párpados no era nada, no servía de nada. Seguía viendo a Nelson Sinclair y Raymond Merrill como en la más nítida imagen visual, los dos caídos en el suelo, con las ropas destrozadas, los cuerpos sangrantes, los miembros dislocados... Parecía que hubieran sido atacados por una docena de tigres furiosos. De pronto, recordó que Mike Parker era el más gordito de los tres y se estremeció.

Dio la vuelta y se alejó por el pasillo. Salió del barracón y buscó entonces señales en la nieve, en las que antes ni había pensado. Vio perfectamente las que se dirigían en dirección opuesta a las de ella e Ira, rodeando la construcción hacia el otro lado.

Cada pisada era enorme, tardaría bastante la nieve en llenar aquellos huecos profundos, amplios. Se imaginó a Verde caminando sobre la nieve cargado con Mike Parker. Verde debía tener una fuerza monstruosa^ Es decir, que no era ella la única en experimentar aquel aumento tremendo de energía. Y también debían estar en las mismas condiciones los otros cinco auxiliares.

Siguió las huellas hasta un pequeño grupo de abetos. Se detuvo a unos doce metros de éstos, quedó inmóvil, prácticamente invisible

bajo la nieve debido a su blanco abrigo de pieles. Su finísimo oído comenzó a captar aquel rumor, como un gruñido continuo, como un... rumor de masticación de fiera hambrienta.

—No puedo dejarlo atrás si quiero hacer algo por los del yate —se concretó el pensamiento en la mente de Angeline.

Sabía que no podía dejar atrás un adversario de aquella embergadura, así que continuó caminando. Pese a todo, el día iba haciendo acto de presencia, como si del cielo se fuesen retirando delgados velos oscuros, leves capas sombrías que iban dejando llegar la claridad de las nubes lechosas. Cada vez oía con mayor claridad el rumor de la feroz masticación, como un gruñido sin fin.

Y de pronto, dejó de oírlo.

A su mente llegó el lamento, el sollozo, el miedo... y una ira profunda, una furia estremecedora.

Y el silencio.

El súbito silencio.

Lentamente, Angeline se fue acercando a los abetos. Los impactos de furia que llegaban a su mente eran tremendos, pero no tenía miedo: sabía que era Verde quien tenía miedo de ella. Y comprendió de pronto por qué: porque, pese a todo, en cierto modo, la *Superlife* actuaba en él activando su inteligencia, una inteligencia suficiente para hacerle comprender que ella aún era más inteligente, que podía vencerlo utilizándole.

Se detuvo cerca de los primeros abetos al ver... aquel guiñapo ensangrentado en el suelo. Carne y huesos. Huesos visibles. Cuando se acercó unos pasos más vio mejor el cuerpo, la cabeza de Mike Parker.

Angeline quedó inmóvil, soportando con increíble serenidad aquella visión de pesadilla

De pronto, miró el abeto jumo al cual estaban los restos de Mike Parker. Despacio, sacó del bolsillo del abrigo la mano que empuñaba la pistolita, y comenzó a caminar en absoluto silencio, rodeando el abeto. Las oleadas de furia desquiciada le resultaban casi dolorosas, como una presión en su cerebro.

Vio algo por un lado del abeto. Ah, pero no era lo que ella había presentido, sino una forma oscura, como rugosa. Debía ser parte del tronco del abeto, o bien...

No era parte del tronco del abeto.

De pronto, el monstruo salió de detrás del árbol, dándole frente, tendiendo las garras hacia ella y emitiendo un tremolante y pavoroso rugido de furia por entre sus colmillos. Angeline quedó como clavada en el suelo, súbita presa del es panto a pesar de la *Superlife...* El ser que tenía ante ella no podía ser humano. Tenía la estatura de un hombre, y la forma más o menos parecida, algo simiesca... Pero

estaba cubierto de vello de pies a cabeza, sus manos eran enormes y negras, su boca grandiosa, sus ojos pequeños y relucientes, siniestros, de fiera...

—Por... Dios... —jadeó por fin Angeline.

El monstruo emitió unos sonidos que podían parecer palabras, y saltó hacia ella. Angeline gritó y retrocedió con tanta precipitación y espanto que cayó sentada al suelo... viendo venir hacia ella la fiera rugiente. La vio en el aire, en un salto grotesco y estremecedor, tendidas las garras hacia ella, abiertas las fauces... Rodó rápidamente hacia su derecha y el monstruo cayó de bruces en el suelo, rugiendo.

Angeline se puso en pie y extendió el brazo armado. El monstruo se puso de rodillas y sus ojos relucieron al ver la pistola. Se puso también en pie.

Angeline disparó dos veces, en rápida sucesión, con firmeza, decididamente, con una serenidad tan escalofriante como la bestialidad del monstruo. Y cada bala fue al punto elegido, exactamente. Penetrando por los ojos, ambas balas llegaron al cerebro de la bestia, que tras un par de sacudidas y un leve balanceo cayó al suelo de bruces, ante Angeline, casi tocando con sus pies la enorme cabeza peluda.

La muchacha retrocedió un par de pasos y cerró los ojos de nuevo.

Se quedó allí, inmóvil, pensando. Intentando conseguirlo, poner en orden su mente.

Allí tenía los efectos de la droga *Superlife* adulterada por Nelson Sinclair: habían convertido a un hombre en un monstruo voraz. En un auténtico monstruo físico y mental, que había sucumbido a sus instintos. Sus instintos, de un modo u otro, habían sido liberados por la droga, habían sido aumentados, exacerbados, regresados a una escala animal. La furia de los instintos de una auténtica bestia había estallado en Verde, llevándolo a una degradación humana increíble.

Había dejado atrás cualquier grado humano, había regresado a la bestialidad instintiva de los más lejanos ancestros del Hombre...

Verde.

¿Cómo debía llamarse en realidad? ¿Cuál había sido su nombre? ¿Cómo debían llamarse, a su vez, sus compañeros, los que habían sido designado solamente como Negro, Blanco, Amarillo, Rojo, Azul...?

Angeline respingó fuertemente, al recordar a los otros cinco sujetos sometidos al experimento.

—¡Dios mío! —exclamó.

Y echó a correr hacia el yate.

CAPITULO VIII

—No —rechazaba Elinor—. No.... no..., no...

—Te digo que vengas ordenó Azul.

—No... ¡No! ¡No quiero!

Se apretaba contra sus compañeras, que a su vez se encogían, como queriendo comprimirse hasta desaparecer. Pero esto, ciertamente, no era posible. Por mucho que se apretaran unas contra otras, no iban a conseguir ni desaparecer, ni protegerse mutuamente. Azul se detuvo ante el apretado grupo de chicas desnudas y dijo:

—Te he elegido a ti, de modo que ven aquí a darme placer.

Elinor movió negativamente la cabeza, ya sin fuerzas para rechazar la orden de viva voz. Azul tendió una mano hacia el grupo y asió el brazo de la muchacha. Iba a tirar de ella para desprenderla del grupo, cuando se quedó mirando, atónito, su mano. Elinor la miró también y lanzó un chillido de espanto. Celia y Gloria casi se desmayaron, y Debbie contempló, con expresión desorbitada, la velluda y deformada mano de Azul, Este retiró la mano, la acercó a su rostro y se quedó mirándola, estupefacto. Luego se miró la otra Estaba igual, deformada, con gruesas uñas, velluda.

—¿Qué.... qué es esto? —jadeó Azul; se volvió como una fiera hacia Ira Vanderlyn, que temblaba ahora violentamente. Se volvió hacia sus sorprendidos compañeros y lanzó una exclamación, señalando el rostro de Amarillo.

—¡Mirad la cara de Albert! —aulló.

Amarillo se irguió, todavía masticando, y miró desconcertado a todos lados.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Qué... pasa con mi cara?

Ahora le miraban todos a él. La bella y joven Elinor emitió un grito histérico, se puso en pie y corrió hacia la salida del salón... pero no llegó a alcanzarla. Azul la alcanzó a ella, la asió por los cabellos y la derribó, dejándose caer inmediatamente sobre la muchacha, cuyos alaridos hacían vibrar las paredes.

—No me importa lo que me pase —jadeaba Azul—, ¡Esto es lo que quiero hacer ahora!

Y lo hizo. Elinor sentía tal terror que parecía que fuese a volverse loca, sobre todo cuando fue salvajemente sometida. Azul lanzó un aullido de placer, y se dispuso a gozar de su ventajosa posición sobre el cuerpo de la muchacha, ya hecho suyo.

Ira Vanderlyn no pudo resistir más, se puso en pie de un salto y se abalanzó contra Azul, al que asió por los cabellos con ambas manos, y tiró con tal fuerza que lo separó completamente de Elinor, arrastrándolo por el suelo. Elinor se puso de nuevo en pie y otra vez

corrió hacia la salida del salón. Amarillo lanzó un rugido y Blanco se colocó ante la muchacha de un salto simiesco, y sin más, la derribó de un brutal puntapié en el bajo vientre que la dejó sin sentido.

Mientras tanto. Azul había reaccionado como una auténtica fiera contra Ira Vanderlyn, que recibía en la espalda el golpe propinado con las dos manos juntas por Negro. Ira cayó de bruces sobre Azul, que lo acogió entre sus brazos y piernas, como acogería un tigre un adversario al que se disponía a destripar. Vanderlyn salió despedido hacia arriba, todavía lívido de dolor, crispado, y cayó de espaldas al suelo, tras espectacular giro. Azul saltó sobre él, le asió por el cuello con sus velludas manos y apretó tan ferozmente que, en un instante. Vanderlyn perdió el conocimiento.

—¡No lo mates! —gritó Amarillo—. ¡Tenemos que saber qué nos está pasando! ¡Mira mis manos también!

Entre jadeos y miradas relucientes de furia, los cinco hombres miraron sus manos, y sus rostros unos a otros. Los prisioneros también los estaban mirando, y el pavor selló sus bocas, paralizó sus cuerpos. Solamente sus ojos se abrían, desorbitados, en la contemplación de las deformaciones que aparecían en los cinco auxiliares, tanto en el rostro como en el cuerpo, que se llenaba de espeso e hirsuto vello a ojos vista.

—¿Qué es... esto? —sollozó Blanco—. ¿Qué... nos está pasando?

Negro quiso decir algo, pero de su boca sólo salió un gruñido. Se llevó las manos a la garganta, de nuevo quiso decir algo, y otra vez emitió un gruñido.

Encogida en el suelo junto a sus compañeras. Debbie estaba, posiblemente, más asustada que el resto de los allí reunidos. Era la única que, de momento, estaba comprendiendo lo que sucedía... ¡Y ella tenía una dosis de aquella droga, había pensado entregarla, recibir felicitaciones y premios...! tenía que destruirla, tenía que deshacerse de aquella dosis enseguida, cuanto antes.

Me duele... la cabeza... .—jadeó Blanco.

—*Ella* tenía razón —dijo Blanco—. Debimos hacerle caso, y de este modo..., gggrr..., fffggrr... ¡Grrffggg!

También se llevó las manos a la garganta, desorbitados los ojos, que de pronto parecieron de simio, con aquella mueca de miedo y de rabia...

En el suelo, Ira Vanderlyn comenzaba a moverse dificultosamente. En cierto sentido, las más afortunadas en aquel momento eran Elinor y la señora Newford, ambas sin sentido, y ésta última con una prenda de ropa sobre la herida recibida antes en el pecho.

Cuando Ira Vanderlyn se sentó en el suelo, y tras inspirar profundamente, pudo mirar a su alrededor con suficiente consciencia, lanzó un grito al ver aquellos cinco rostros simiescos vueltos hacia él.

—¡Santo cielo! —exclamó.

—¿Qué nos ha hecho? —preguntó con voz aguda Amarillo—. ¿Qué nos ha hecho usted, maldito?

Vanderlyn se sentía aterrado y acorralado. Amarillo dio un paso hacia el.

—¡Quieto! —sonó la voz de Angeline Roberts—. ¡Quietos todos!

Todas las miradas se volvieron hacia la puerta del salón. Angeline, con las manos en el bolsillo del abrigo, miraba de uno a otro auxiliar, escrutando sus reacciones. En principio, sintió una extraña y profunda pena cuando Amarillo tendió las manos hacia ella y gimió:

—¡Mire! ¡Mire lo que nos ha hecho, mire nuestras caras, vea lo que nos está pasando...!

—Quiero que entiendan bien una casa —dijo rápidamente Angeline —. En estos momentos, soy la única persona en la isla capacitada para controlar esta situación, pero no podré hacerlo si no soy obedecida por todos ustedes. ¿Lo entienden?

—¿Qué hemos de hacer? —preguntó Amarillo.

— Yo sé lo que tengo que hacer —farfulló Rojo— ¡Sé lo que *quiero* hacer! ¡Y vosotros también! ¡Nos han utilizado una vez más, esta vez como animales de laboratorio, y siempre será igual, siempre nos mentirán, siempre nos utilizarán, siempre seremos para ellos como carne de bestia! ¡Pues bien, yo no voy a soportar que...!

Su voz se quebró en un gruñido. Como los dos anteriores, se llevó las manos al cuello, espantado el gesto.... que pronto volvió a la ferocidad. Era ya un ser simiesco y horrendo cuando, de pronto, se acercó a Angeline, haciendo ostentación de su virilidad, y emitiendo lo que parecían risotadas...

Angeline sacó la mano armada con la pistolita y amenazó:

—Un solo paso más y le meto una bala en la frente.

Rojo se detuvo. Se quedó mirando como desconcertado la pequeña pistolita, luego sus ojos giraron en todas direcciones, como buscando algo que le ayudase a replicar a la amenaza de Angeline. Esta, sin perder de vista a Rojo, dijo:

Señor Warner, señor Forrester, saquen de aquí a la señora Newman entre los dos. Ira, ayuda a las chicas a recoger a la que está en el sucio. Y salid todos de aquí rápidamente. La barca está junto al yate: utilizadla.

—Angeline... —empezó Vanderlyn.

—No te preocupes por mi. ¡Haced lo que os digo! ¡Todos y ahora mismo, vamos! Pasad por ese lado, no os interpongáis entre ellos y yo. Y ustedes, escuchen mí intención...

Rojo emitió un gruñido y saltó hacia Angeline, creyendo sorprenderla. Angeline apretó el gatillo de la pistola y la bala le perforó la frente a Rojo, que cayó como un fardo, a peso, y quedó inmóvil. Las mujeres gemían y sollozaban, los hombres ayudaban a la salida... y los cuatro, auxiliares, que habían iniciado un gesto, quedaron de nuevo inmóviles.

No quiero matar a nadie más —dijo con voz tensa Angeline—, pero estoy dispuesta a hacerlo, si es necesario. Quiero que me escuchen, y me crean. Ignoro si hay alguna posibilidad de ayudarles, pero si es así, tendrá que ser como yo les diga: se quedarán en el

yate hasta el momento de que de un modo u otro el profesor Vanderlyn consiga el remedio. ¡No hagan nada más, o la isla va a convertirse en la tumba de todos nosotros!

Estaba ya sola con los cuatro monstruos, que la miraban con expresión puramente animal. Como micos que contemplasen una curiosidad. En cubierta se oía el ajetreo de Vanderlyn y los demás. Era una situación en la que cada segundo le parecía a Angeline un siglo.

—¿Me han entendido? ¿Han comprendido que sólo el profesor va a poder ayudarles? todo lo que tienen que hacer a cambio es permanecer aquí, no atacarnos. No salgan del yate para nada, y en cuanto el profesor Vanderlyn tenga una solución, vendremos a por ustedes.

La miraban como si fuese un extraño juguete jamás visto. Amarillo se metió un dedote en la fosa nasal y luego se dirigió a un rincón y comenzó a orinar. Azul lanzó un tremendo eructo. Blanco y Negro sacaron la lengua y el primero agitó sus genitales ante Angeline, que iba comprendiendo mejor el proceso: ahora, los cuatro se hallaban en un estado de indecisión, de estupor, al disminuir sus niveles mentales con respecto al anterior estado. Pero acabarían por estabilizarse, y. como había sucedido a Verde, volverían a pensar, a razonar conforme sus conveniencias, y hasta se pondrían de manifiesto algunas de las cualidades genuinas de la *Superlife*: aumentarla su inteligencia, su potencia física...

Ira Vanderlyn apareció por detrás de Angeline, acompañado de Warner y Forrester, que no aparecían en absoluto satisfechos.

—Debbie volverá con la barca. Venimos a buscar a las dos tripulantes que fueron atacadas anoche por Verde... ¿Te parece bien?

—Naturalmente. Daos prisa. Están aturdidos ahora, pero no creo que permanezcan mucho rato en ese estado. Cuando Debbie regrese, decidle que venga aquí conmigo.

Amarillo terminó de orinar, miró a Blanco y Negro, que jugueteaban con sus genitales, y comenzó a imitarlos. Azul se sentó en el suelo y continuó comiendo lo primero que encontró. Alzó la mirada con estúpida indiferencia hacia los hombres cuando éstos pasaron transportando a Diana y Katy, que seguían bajo los efectos del sedante: la primera era transportada por Warner y Forrester, y Vanderlyn llevaba a la segunda cargada en un hombro. De pronto, un negro destello pasó por los ojos de Azul, al ver a las desnudas muchachas llenas de heridas, y se puso en pie. Amarillo. Blanco y Negro ya las estaban mirando no poco significativamente, haciendo ostentaciones sexuales. Angeline no se atrevió a hablar ni para dar prisas a los hombres.

Esperó a que éstos salieran, salió tras ellos y cerró la puerta. Vanderlyn la miró desconcertado.

—Le diré a Debbie...

—Déjalo. ¡Tenemos que abandonar el yate cuanto antes!

Acababan de cargar a Diana y Katy en la barca cuando les llegó el crujido de madera, como un pequeño estampido.

—¡Ya salen! —advirtió Angeline—. ¡Pronto, pronto, vayan hacia tierra, de prisa!

Empujó la barca y saltó a ella en el último instante, ya separada del yate. Ira la sujetó. La pequeña embarcación, con siete personas a bordo, osciló fuertemente, y algo de agua helada entró por la borda en los zarandeos; el nivel de flotación era poco menos que imposible. Warner y Forrester remaban con toda fuerza, pero parecía que la barquita estaba anclada...

—¡Que salen, que salen...! —gritaron desde tierra las mujeres ya desembarcadas, con tonos histéricos.

—Toma la pistola —exclamó Angeline.

Vanderlyn se encontró con el arma en la mano. Un instante después, el abrigo de Angeline caía sobre Diana y Katy, y aquélla sallaba al agua. La barca adquirió un poco más de ligereza, pero, sobre todo, la situación fue salvada por Angeline cuando, reapareciendo en la superficie de las frías aguas sobre las que seguían cayendo copos de nieve, gritó:

—¡Saltad si os atrevéis, y os las veréis conmigo! ¡Vamos, atreveros, aquí os espero!

Se oyeron gruñidos a bordo del yate, y para asombro de todos, los cuatro auxiliares corrieron hacia otro lado de la borda, evidentemente, dispuestos a saltar. Pero Angeline nadó rápidamente en la misma dirección que ellos, sin dejar de lanzar amenazas que, para mayor asombro, seguían causan do efecto:

—¡Saltad, y os ahogaré uno a uno! ¡Os estoy esperando! ¡Sé cómo debo trataros, sé lo que hacer con vosotros!

—Está loca —jadeó Debbie.

Todo esto es por culpa de usted —dijo furiosamente Ira Vanderlyn —. ¡De usted y de Sinclair! ¡Para que no me diese cuenta de que habían robado una dosis, añadió algo que estropeó la *Superlife!*

—¿Quiere decir que la dosis que tengo yo... no produce esos efectos? —exclamó Debbie.

Vanderlyn apretó las mandíbulas y no contestó. Apenas la había mirado, estaba pendiente de Angeline y los cuatro auxiliares, que seguían corriendo de un lado a otro de la borda. La barca tocó tierra firme y todos se apresuraron a desembarcar y a sacar a las muchachas dormidas.

—¡Angeline! —gritó Vanderlyn—. ¡Ya estamos en tierra, ven con

nosotros!

—¡Id a encerraros en el barracón! —ordenó Angeline.

—¡No! ¡Ven ahora mismo o vas a morir congelada! ¡Ven ahora mismo, o voy a reunirme contigo!

Angeline nadó rápidamente hacia la costa y salió de las frías aguas ayudada por Vanderlyn, que se apresuró a ponerle el abrigo.

—¿Cómo estás, cómo te sientes...?

—¡Déjame! ¡Ayuda a los demás, hay que ir al barracón! ¡Yo los mantendré a raya, mientras tanto... si puedo!

Por suerte. Elinor Se había recobrado y ayudó a los demás a transportar a la señora Newford y a Katy y Diana. Era una comitiva desorganizada, trémula, grotesca... Desde el otro lado de la borda del yate, es decir, desde el lado que Angeline no podía controlar visualmente, dos auxiliares saltaron al agua, se oyeron claramente los chapoteos. Angeline dio la vuelta y corrió en pos de la comitiva.

—¡Deprisa, deprisa, están nadando hacia tierra firme!

Su advertencia sirvió de acicate y en pocos segundos más llegaron al barracón, donde comenzaron a entrar precipitadamente.... mientras desde la costa, bajo la nieve, cuatro simios rugientes corrían bamboleantes, lanzando aullidos, acercándose.

—¡Ira, que vayan todos hacia los dormitorios, no hacia otro sitio! ¡Sólo a los dormitorios!

Entró y cerró la puerta... Tres segundos más tarde un fuerte golpe resonó en ésta, cuando ya Angeline había echado la llave.

—¡Las ventanas! —gritó—. ¡Asegúrense de que todas las ventanas están cerradas con las contraventanas! ¡Dedíquense a eso todos los que puedan! ¡Pronto!

Hubo carreras en todas direcciones, pero la precaución no era necesaria, ya que todas las ventanas estaban sólidamente cerradas. En la puerta, y en algunas ventanas, se oían fuertes golpes. Las dormidas Diana y Katy fueron colocadas en sendas literas. La señora Newford se había recuperado y miraba desconcertada a su alrededor. De pronto, se miró el pecho y lanzó un alarido.

—Cálmese —dijo Angeline—. Ira le atenderá lo mejor que pueda. Es una herida profunda, pero no ha interesado a ningún órgano. Sobre todo, señora Newford, permanezca tranquila, no nos busque más preocupaciones. ¿Lo entiende?

—¿Dónde está Stuart? —gimió la mujer.

Angeline prefirió no contestar. Se volvió hacia Ira.

—¿Puedes administrarle un sedante y hacerle una cura aceptable?

—Sí. ¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a hablar con Debbie.

Encontró a Debbie en el laboratorio, contemplando la caja fuerte de Ira Vanderlyn, el cual entró tras Angeline, en busca de un sedante. Debbie se volvió a mirarlos y esbozó una sonrisa.

—Estaba buscando algún calmante para la señora Newford.

—Es usted muy compasiva —dijo Angeline—. Pero deje de preocuparse. Ira .se encargará de ello. No. no se vaya... Usted y yo tenemos que hablar. ¿Dónde ha escondido la dosis que le entregó Sinclair?

No pienso decírselo replicó secamente Debbie—. Y si cree que me asusta, está muy equivocada.

—Todos podemos equivocarnos —sonrió Angeline—. Pero de modo especial usted. ¿Apuesta algo a que sí la asusto, querida?

—¿Porque tiene una pistola? —Debbie sonrió burlonamente—. Bueno, pruebe a ver.

—¿Cree que voy a malgastar una bala con usted? —Angeline movió la cabeza Claro que no. Puedo asustarla de un modo mucho más eficaz y sencillo. Debbie: quiero saber dónde tiene escondida la dosis de *Superlife.* y. o me lo dice, o la echo fuera del barracón.

—¿Qué? —respingó la rubia, palideciendo.

—Usted ha creado esta situación, en cierto modo. De manera que va a salir a afrontarla. Ira, ve a pedir a Warner y Forrester que vengan a ayudarme a sacar fuera del barracón a Debbie.

—No —jadeó Debbie, retrocediendo—. ¡No...! ¡No me hagan *eso!* ¡Me violarán, me descuartizarán, me.... me comerán...!

—Sin la menor duda.

—¡No puede usted hacer eso!

—Yo no lo haré. Yo sólo la echaré fuera del barracón. Vamos, no sea estúpida. ¿No comprende que no va a ganar? Sólo tiene que decirme dónde ha escondido la dosis y podrá permanecer aquí

dentro con los demás, hasta que encontremos una solución, o alguien venga al islote.

Debbie se quedó mirando fijamente a Angeline. De pronto, asintió:

—La dosis está dentro de una cápsula de aluminio, tal como me la entregó Sinclair. La escondí dentro de un tarro de crema facial de los míos. Está en el cuarto de baño de mi camarote.

—¡Que astuto escondite! —dijo irónicamente Angeline—. A mí no se me habría ocurrido nunca...

—¿Se está burlando de mí?

—Espero que no sea usted la que pretenda burlarse de mi, Debbie, porque dentro de un rato, cuando yo sepa que esos hombres se han calmado un poco y se hayan relajado, voy a salir por una ventana para ir al yate, a buscar esa dosis...

—¡No saldrás! —respingó Vanderlyn.

—Sí saldré, de modo que es mejor que Debbie reflexione sobre la conveniencia de decirme la verdad. ¿Seguro que está donde me ha dicho. Debbie?

—Sí. Está donde le he dicho.

—Muy bien. Pero estoy sorprendida de tanta docilidad... y sinceridad. Docilidad y sinceridad que se han puesto de manifiesto en cuanto he mencionado la posibilidad de que alguien venga al islote. ¿Está usted esperando a alguien, quizá?

—Claro que no. ¿A quién debía esperar?

—Por ejemplo, a las personas que la emplearon para que se contratase en el vate de Stuart Newford, y que quizá van a venir para hacerse cargo de la *Superlife.* ¿Quiénes son?

—No sé.

—Pues lo siento, porque en ese caso la voy a obligar a venir conmigo al yate a buscar la dosis. Y me parece que a usted no le tienen miedo nuestros... amigos del exterior. Vamos, iremos ahora mismo a...

—¡No puedo decirle nada, me matarían si les traicionara!

—¿Por qué habían de saber que los ha traicionado?

—Usted no los conoce... Son tres hombres que están dirigiendo la organización de un grupo que piensa extender de momento por todo el país.... precisamente, basado toda su potencia en la *Superlife.* Quieren controlarlo todo, absolutamente todo, caiga quien caiga...

—¿Y eso... solamente tres hombres?

—Tienen... muchos empleados, pero ellos son los dirigentes, los que lo están planeando todo. Hasta el momento han sido gente de poca importancia, pero tienen grandes planes para cuando dispongan de la *Superlife.* Organizarán... un ejército de criminales que se extenderán por todo el mundo, y que se dedicarán a cualquier acción que sea lucrativa, en todas los órdenes: desde el control del petróleo hasta el de la natalidad, desde el control del armamento hasta el de alimentos... Quieren convertir Estados Unidos en el centro de un mundo en el que ellos serán quienes tomarán todas las decisiones... ¡Ni usted ni nadie podrá detenerlos! Y lo mismo da que tengan o no la *Superlife.* pues sus tentáculos ya se han extendido mucho por todas partes... ¡No tiene usted ni idea de dónde se ha metido, estúpida!

—¿Es usted más inteligente quizá? ¿Cuál sería su premio? ¿Qué le van a dar a cambio de su colaboración?

—¡Todo lo que yo quiera durante el resto de mi vida!

—Digamos que sería usted la... niña mimada de un grupo de criminales internacionales que están pensando convertir el mundo en algo así como... un can>ix> de juegos a su disposición. ¿No es así?

—¡Así es! ¡Y para que lo sepa...!

—¡Sss! —exigió silencio de pronto Angeline—. Silencio... Me parece que estoy oyendo un motor... Si, lo estoy oyendo... Ya no. Pero estoy segura de que lo he oído. ¿Los esperaba usted o no los esperaba a esos tres caballeros?

—No... No los esperaba, no.

—Pero se le ha ocurrido que ellos podrían venir a buscarla, ¿verdad? ¿Por qué...? No me lo diga, ya lo sé. Tenía usted que avisarles de que ya tenía la droga en su poder, pero como la radio del yate fue estropeada, no ha podido hacerlo. Y ellos, que saben perfectamente dónde está usted, vienen a ver qué ha pasado... y a conseguir la *Superlife* sea como sea... ¿No es eso. Debbie?

Debbie mostró un gesto hostil, en silencio. Vanderlyn miraba entre pasmado y asustado a Angeline; se había olvidado completamente de que estaba allí para conseguir un sedante para Blanche Newford.

—¿Estás segura de que has oído un motor? —murmuró.

Angeline iba a contestar cuando, en el exterior, se oyó claramente el estampido de un disparo, acto seguido gritos y alaridos, y luego varios disparos más. Angeline dio la vuelta y salió corriendo del laboratorio. En el pasillo encontró a Warner y Forrester, pálidos, sobresaltados.

—¡Han sonado disparos! —chilló Warner—. ¡Deben tener los rifles y quieren...!

—No es eso. Alguien más ha llegado a la isla. Y son gente de la que no podemos esperar ayuda, precisamente. Quédense todos en la misma habitación y no se muevan de ahí...

Volvieron a sonar disparos, más alaridos, rugidos más bien, y más disparos. Luego, muy amortiguada, una voz de hombre:

—¡Deborah! ¿Estás ahí, Deborah? ¡Debbie! ¡DEBBIE!

Lo has adivinado —casi tartamudeó Vanderlyn—. ¡Lo has adivinado, son los amigos de ella, y deben haber matado a esos.... esos desdichados...! ¡Han disparado con rifles!

Angeline respingó de pronto y echó a correr hacia el laboratorio. Nada más entrar, recibió la fría corriente de aire procedente de una de las ventanas, abierta. En el recuadro se vela caer la nieve mansamente. Cuando Angeline se volvió, tropezó con Ira. que de nuevo la había seguido.

—Se ha marchado... ¡Ha escapado por la ventana!

—Y ahora va hacia el yate, para recoger la dosis de tu *Superlife* y escapar con ella en su lancha. ¡Y jamás podremos ya alcanzarlos!

—¡Dios...!

—No os mováis de aquí —ordenó Angeline, echando a correr hacia la puerta del laboratorio.

Salió del barracón sin preocupación alguna. Y solamente había dado una docena de pasos cuando encontró el primer cuerpo caído en la nieve. Se arrodilló a su lado y se quedó mirando las monstruosas facciones crispadas en la agonía de la muerte. Los ojos estaban desorbitados. Angeline bajó los párpados, y se disponía a ponerse en pie, cuando vio al otro, apenas diez pasos más allá, como un oscuro bulto sobre la nieve. Corrió hacia él y se dejó caer de

rodillas a su lado. Ya no sabía cuál de ellos era, pues las facciones .monstruosas habían borrado todo rastro humano reconocible.. Pero el monstruo estaba vivo todavía y sus ojos contemplaron con estupefacción a la preciosa rubia que le miraba conmiseratívamente. Pareció querer decir algo, y eso le provocó una tremenda bocanada de sangre que se llevó su último aliento.

Angeline reanudó su marcha hacia el yate, y estaba ya muy cerca de las rocas de la orilla cuando sonó el primer estampido de rifle. Junto a Angeline. la nieve reventó un pequeño surtidor. Casi en seguida se oyó la voz de Debbie:

—¡Cuidado con ella, está bajo los efectos de la droga y es muy peligrosa!

Varias balas más se hundieron relativamente cerca de donde yacía de bruces Angeline, confundida con In nieve gracias a su abrigo blanco de pieles. Mirando hacia el yate, vio a otro monstruo caído de espaldas sobre una roca de la orilla; la nieve lo iba adornado rápidamente con un albo manto suavísimo.

De pronto, vio a los hombres en la cubierta del yate. Y a la mujer, a Debbie Estaban a demasiada distancia para tener la menor probabilidad de acercar a ninguno de ellos con su pistolita. Y Debbie lo sabía, porque hasta a Angeline llegó su risa y su voz:

—¡Señorita Roberts, me voy ahora, pero volveremos a vernos! *¡Se lo juro!*

Angeline apretó los labios. Los tres hombres y Debbie descendieron por la escalerilla del yate hasta la barca y se dirigieron hacia la lancha de reducido tamaño, pero evidentemente veloz y segura con la que habían llegado en busca de noticias sobre Debbie y la *Superlife,* que ya consideraban en sus manos. Y así era. ¡Así era ahora, efectivamente! Con la dosis recogida en el yate. Debbie y sus amigos se acercaban más y más a la lancha. Y Angeline sabía que era inútil dispararles desde su posición. Inútil pero, sobre todo, peligroso, pues ellos si podían perfectamente acribillarla en cuanto la localizaran...

Pero no puedo dejar que se escapen con la droga —sonó la alarma, insistente, en la mente de Angeline.

Vio cómo la barca llegaba junto a la lancha, y cómo los tres hombres y Debbie subían a bordo. Era arriesgar su vida a cambio de privar a gentes como aquélla de tanto poder. ¿Merecía la pena jugarse la vida por los demás? ¿Quién era ella, a fin de cuentas? Sólo una estudiante de Historia con pretensiones de dar clases algún día. ¿Acaso la *Superlife* la estaba volviendo loca? ¿Por qué sentía aquel impulso incontenible de correr hacia la lancha ocurriera lo que ocurriera, y disparar contra...?

Entre sus dudas, angustias y temores. Angeline percibió la nueva sensación.

Volvió rápidamente la cabeza, y en aquel instante oía el gruñido, como el de un animal de vientre poderoso. Su primera reacción al ver acercarse al monstruo, al último de ellos, fue dispararle, temiendo ser atacada, pero en seguida comprendió que el monstruo no iba a por ella, que ni siquiera debía haberla visto. Llegaba procedente del cobertizo donde estaba el helicóptero, dando tropezones, gruñendo sin cesar, como una autentica bestia. Cuando estuvo más cerca, Angeline vio las manchas de reluciente sangre sobre su peludo cuerpo, los gruñidos y rugidos retumbaron en sus oídos... Se mantuvo inmóvil, contemplando, sólo un momento, desconcertada, lo que el monstruo llevaba en la garra derecha: una pistola de señales luminosas, recogida, sin duda alguna, en el helicóptero.

Le costó no poco esfuerzo a Angeline contener una exclamación de admiración y sobresalto a la vez:

En aquel momento, el motor de la lancha de los amigos de Debbie se ponía en marcha. El monstruo pasó cerca de Angeline, salpicando sangre, baba y gruñidos de una fiera inaudita, como rugidos no de un cuerpo humano, sino de volcán.

La lancha comenzó a desplegarse bajo la nieve, sobre las grises aguas heladas.

El monstruo extendió el brazo, apuntó alto, y disparó la pistola de señales. Un halo luminoso, como ardiente, tiñó de bello color la nieve y el mar. A su luz. Angeline vio. en la cubierta de la lancha, a Debbie y a los tres hombres, uno de ellos de espaldas, pilotando la lancha, los otros dos, como Debbie, contemplando aquella luz ardiente que se acercaba a ellos, que caía hacia ellos.

Cayó.

Justo en el momento en que la lancha explotaba convertida en una bola de fuego, el último monstruo, tras un rugido de satisfacción, se desplomaba muerto.

ESTE ES EL FINAL

Angeline Roberts abrió la puerta del *bungalow* alquilado en una pequeña localidad de una pequeña isla del Caribe. Se quedó mirando al apuesto sujeto bien afeitado que, con atuendo de lo más informal, casi cómico incluso para el trópico, estaba ante ella, con una maleta en la mano.

—Soy yo —dijo el—, me he afeitado.

Angeline se apartó de la puerta e Ira Vanderlyn entró. Ella cerró, se volvió hacia él y murmuró:

—Creí que nunca te dejarían marchar.

—Todo se arregló, por fin...

Angeline asintió. Recordó la lancha ardiendo. Luego, llegó una lancha guardacostas, atraída por el fuego y el negro humo... A partir de ese momento, hasta que la dejaron marchar a ella, pasaron más de ocho días increíbles, agotadores. Pero Ira todavía había tenido que quedarse más tiempo, para, dar explicaciones una y otra vez..., convencido de que todo se arreglaría. Y así había sido.

—¿Qué pasó, en definitiva? —preguntó Angeline.

—Parece, que Grant Forrester y Philip Warner están en verdaderas dificultades dando explicaciones de sus negocios. En cuanto a la organización de los amigos de Debbie, el FBI encontró un rastro, *y* están rematando el grupo, falto de la dirección de aquellos tres sujetos. Y yo me he negado a seguir trabajando en la *Superlife.*

—Has hecho bien. ¿Qué harás ahora?

—Voy a dedicarme a investigar otra clase de... medicamentos. Y quizá me dedique a la ciencia de la nutrición. Pero eso será cuando volvamos a Los Angeles... ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien, no te duele nada, no queda ninguna secuela de...?

—Estoy perfectamente —sonrió Angeline—. pero tengo la impresión de que he vivido... algo así como otra vida, una vida extraordinaria. Como si no hubiera sido yo quien hizo todo aquello.

—¿Incluso lo de casarte conmigo? —respingó Vanderlyn.

—No —rió la muchacha—. ¡Eso si lo hice yo, y lo recuerdo perfectamente!

Menos mal —dijo Ira Vanderlyn, abrazándola—. ¡Habría estado bueno venir al Caribe a pasar la luna de miel... sin novia!

F I N



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A. 

Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.